

LOS MERCENARIOS DE WHUTOO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



LOS MERCENARIOS DE WHUTOO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

LOS MERCENARIOS DE WHUTOO

A. Thorkent





La conquista del espacio N°672

A. THORKENT

(Alias de Ángel Torres Quesada)

LOS MERCENARIOS DE WHUT00

Colección:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 672 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 18.395-1983

Impreso en España —Printed in Spain

1° edición: julio, 1983

2° edición en América: enero, 1984

A. Thorkent

2 Los mercenarios de Whutoo La conquista del espacio N°672

CAPITULO PRIMERO

Sarkem consultó la lista y comprobó con cierta desazón que las averías eran muchas.

El ingeniero no le garantizaba en absoluto que estuvieran reparadas en su totalidad para cuando llegaran a Whutoo. A lo sumo las deficiencias del crucero podrían ser paliadas en un ochenta por ciento.

A los Amos aquello no iba a gustarles, pensó Sarkem. Se iban a irritar,

pese a que la bodega de la nave estaba atestada de prisioneros mirgos y una cámara se encontraba llena de riquezas saqueadas de aquella comunidad rebelde del planeta Mirgo, que al cabo de varias semanas de lucha había capitulado sin condiciones y sus líderes, humilla-dos, jurado fidelidad al Supremo de Whutoo.

Sin embargo, como bien sabia Sarkem, los Amos mostrarían su disgusto por los daños sufridos en el crucero. Las naves eran escasas, irreemplazables. Las que quedaban debían ser conservadas con esmero, no arriesgarlas.

Sarkem sudó un poco y el Signo de su frente le pareció más frío que nunca. Empezó a sentir dolor y rápidamente comenzó a recitar la plegaria para calmar la furia de los Amos.

Casi al instante cesó el sufrimiento incipiente y se sintió mejor.

La puerta de la cabina se abrió y en el umbral apareció la capitana Khatina. La luz del techo arrancó reflejos escarlata de su Signo.

—Tengo que informarte verbalmente de la situación de los prisioneros, comandante —dijo la mujer secamente.

—¿Algo grave? —preguntó incómodo el comandante.

Se arrellanó en el sillón y apartó un poco el informe del ingeniero con los daños. ¿Más problemas le llevaba Khatina? Sarkem creyó que de nuevo su Signo le atormentaba. Decidió no pensar sino en su deber como comandante de la nave. Incluso pretendió olvidar que hacia sólo unas semanas estuvo durmiendo con aquella mujer, con Khatina. Pero ella no quedó embarazada y los Amos decidieron devolverla al servicio activo en un crucero de guerra. Khatina había sido afortunada. Otra hembra en sus condiciones habría sufrido una investigación a fondo, de la cual no hubiera salido con vida. Las mujeres estériles eran despreciadas por los Amos.

Khatina tuvo suerte. En Mirgo se originaron problemas y se olvidó su fracaso como fu-tura madre de un nuevo siervo para los Amos. Fue destinada a su anterior puesto en el crucero que comandaba Sarkem. Ambos no hablaron durante la expedición de sus falli-das relaciones. Ni siquiera volvieron a compartir el lecho.

Sarkem sabía que ella no había sido elegida por ningún otro oficial masculino, tal vez porque todos conocían la deshonra que la marcaba para siempre.

Khatina se quitó el casco y lo colocó sobre la mesa. De manera poco castrense tomó

asiento frente a Sarkem y lo miró un breve instante a los ojos, directamente, para decirle luego:

—Han muerto cinco prisioneros mirgos.

—¿Cómo?

—Se suicidaron golpeándose el cráneo contra las paredes.

Sarkem movió la cabeza.

—Ya suman sesenta y dos. A este paso no va a llegar ninguno con vida a Whutoo.

—Tal vez tengamos suerte. Dentro de cuatro días saldremos del hiperespacio y tendremos Whutoo a la vista.

—Los Amos...

—Los Amos deben saber lo que ocurrió en Mirgo. Esos pequeños seres pelearon como jamás pudimos sospechar. Suerte hemos tenido venciéndolos. Sarkem...

El hombre había vuelto la cabeza. No quería ver el rostro apenado de la mujer. Khatina era muy atractiva. El se sintió a gusto con ella los días que permanecieron juntos en la reserva. Había sido el primero en lamentar que su unión no hubiera sido fructífera. En su

haber particular podía exhibir una larga colección de descendientes sanos y robustos que crecían en las residencias para mayor esplendor y gloria de los Amos.

Para Khatina fue el tercer intento de quedar embarazada. Ya lo había pretendido con otros dos hombres, con resultado negativo. No cabía duda alguna de que era estéril, después de yacer con Sarkem.

—Dime —la instó el comandante al ver que ella callaba.

—¿Qué opinas de lo que confesaron los líderes mirgos?

—¿Te refieres a esa patraña?

—Estaban muy convencidos.

—Bah. Algún tipo intentó engañarles. Ya sabes que son una raza muy propensa a las religiones. Creo que poseen varias docenas. Cada aldea dispone de una creencia distinta a la aldea vecina.

La mujer movió la cabeza de un lado para otro.

—Por el Supremo, Sarkem. Debes pensarlo bien. ¿Por qué has omitido en tu informe que los mirgos están convencidos de que en breve recibirán ayuda de las estrellas leja-nas?

—Porque es una patraña, repito. Si pongo eso en mi informe los Amos se enfadarán conmigo. Es como… —dudó un momento, intentando encontrar la frase apropiada—. Es como ofenderlos, dudar de su poder. Los mirgos nos dijeron que seres más poderosos que los Amos van a llegar en su ayuda. ¿Cómo podría escribir eso?

—Debe haber algo de cierto en esa profecía, Sarkem. Los mirgos nunca se mostraron tan seguros de sí mismos, tan osados ante nuestras armas. Recuerda que estuvieron a punto de sorprendernos y ocasionaron mucho daño en nuestro crucero con su ataque repentino.

—Fue un ataque traidor. Nos hicieron creer que se acercaban a parlamentar y sólo querían cogernos desprevenidos. Creo que debimos ejecutar a muchos más de los que pasamos por las armas.

La mujer torció la boca, recordando que en un valle árido quedaron los pequeños cuerpos sin vida de más de dos mil mirgos, masacrados impasiblemente por los soldados de Sarkem como aviso a las demás tribus de Mirgo.

—Los mirgos se quitaron la vida mientras proferían amenazas contra nosotros y los Amos. Nos llamaban esclavos de mierda, engendros del infierno, renegados y… No sé

cuántas cosas más.

—Los mirgos siempre han sido muy aficionados a los insultos —Sarkem intentó son-reír—. Lo cierto es que todos los vasallos de los Amos sienten envidia de nuestra raza.

Somos los preferidos del Supremo, sus seres más amados. Por eso nos eligieron como sus tropas, sus ángeles vengadores. Matamos a quienes se atreven a desafiarles.

—Todo eso lo sé tan bien como tú, Sarkem —dijo ella bajando la cabeza—. Hay algo más.

—Termina de una vez —dijo Sarkem irritado. Tomó la lista de las averías y simuló empezar a leerla—. Tengo mucho trabajo.

—Un mirgo, uno de los que acaban de quitarse la vida, me preguntó ayer por qué nosotros llevamos el Signo en la frente.

El comandante levantó los ojos del papel que no había empezado a leer. En su mirada había sincero asombro.

—¿Tan ignorante es esa mala copia de sapo?

—Era. Te digo que más tarde se mató.

—Quizá porque se arrepintió de haber ofendido a los Amos.

—No. Nada de eso. Ellos no sienten veneración por los Amos. No los respetan. En cambio, los odian.

—Tal vez algún día encuentren la verdad en sus turbios pensamientos y aprendan a amarlos como nosotros los amamos, Khatina.

—Ese mirgo me dijo que los humanos no debíamos llevar el Signo.

—Maldito... Debiste decírmelo y yo le habría matado antes de que estrellara su cabeza contra la pared. ¡Es una blasfemia! El Signo, y tú lo sabes tan bien como yo, es lo que nos diferencia de los esclavos, de los seres que no gozan de la preferencia de los Amos.

—Así se lo expliqué y él...

—¿Qué respondió?

—Se rió con risa cavernosa, añadiendo que él se rompería la frente antes de poseer un Signo en ella.

—¿No le explicaste que el Signo sólo pueden poseerlo los humanos?

La mujer negó con la cabeza.

—Nada de eso. Por el contrario, le repliqué que lo primero que harían

los Amos sería ponerles a todos un Signo.

El hombre casi estuvo a punto de pegar un salto del sillón. Miró incrédulo a la capitana.

—¿Por qué dijiste esa mentira?

—Para molestarle porque sus palabras me ofendían. Sarkem, creo que los prisioneros están tan asustados ante la idea de tener un Signo que por eso empezaron a suicidarse.

—¿Lo saben todos?

—Separé el grupo que escuchó mis palabras de los demás. Ellos son los que se rom-pieron el cráneo.

—Esos mirgos están locos —rió Sarkem nerviosamente—. En lugar de ponerse con-tentos creyendo que los Amos van a otorgarles el Signo, se suicidan. Será mejor que no les digas más mentiras al respecto, Khatina.

—Confesaré mi culpa a los Amos —dijo ella resueltamente.

Sarkem se estremeció. No podía disuadirla. Khatina sólo cumpliría con su deber si reconocía ante los Amos su error. El castigo que ella iba a recibir no podía ser otro que la muerte.

Khatina comparecería ante los Amos y ellos, después de mirarla desde su gloria, la matarían sin tocarla. La mujer caería muerta ante las bellas formas que la juzgarían. Luego, el cuerpo de la pecadora sería disuelto en la gran caldera. Sólo quedaría de ella el Signo, que se conservaría para ser injertado en la frente de algún chico o chica cuando llegase a la edad reglamentaria.

—Quizás ellos comprendan... —dijo Sarkem sin seguridad.

—No les rogaré que me perdonen. Ya tengo sobre mí el estigma de mi infertilidad —

Khatina suspiró—. Tal vez sea mejor así, que acabe cuanto antes.

El comandante no supo qué responder. ¿Cómo podía consolarla, infundirle esperanzas? Todos conocían las reglas de los Amos. Khatina las había vulnerado sobradamente.

Si seguía viviendo era porque los Amos, en su magnanimidad, le habían permitido parti-cipar en una misión de castigo, en la que ella

debía haber encontrado la muerte digna que la purificaría. Pero no había sido así. Aunque Khatina peleó con bravura y arrojo contra los mirgos, los disparos enemigos la respetaron. Le fue negado el consuelo de re-dimirse luchando por los Amos.

—Khatina, quiero pedirte que seas fuerte durante el tiempo que nos resta de viaje hasta Whutoo.

—No temas. No me quitaré la vida. Sé que los Amos son los únicos dueños de mi cuerpo. Ellos deben decidir mi castigo.

—Me alegra oírte decir esto. Te ocuparás de los prisioneros, de que ninguno más se suicide. De todas formas, yo hablaré en tu favor ante los Amos, todo lo que me sea permitido.

Khatina no respondió. Se levantó y preguntó si podía retirarse. Sarkem le dio permiso para hacerlo. Cuando el comandante se quedó solo en la cabina se sintió ligeramente mareado. Sabía que era debido al Signo. A través de él los Amos le estaban censurando su deseo de ayudar a una persona que no lo merecía. Volvió a repasar los daños del cru-A. Thorkent

cero. Llamó al ingeniero y éste le respondió que al menos las unidades de ataque estaban reparadas. Ahora se trabajaba en las esclusas averiadas, añadiendo que si se salía al espacio normal durante unas horas le garantizaba que el fuselaje deteriorado sería fortalecido. Al menos el crucero tendría un aspecto decente al descender en el astropuerto.

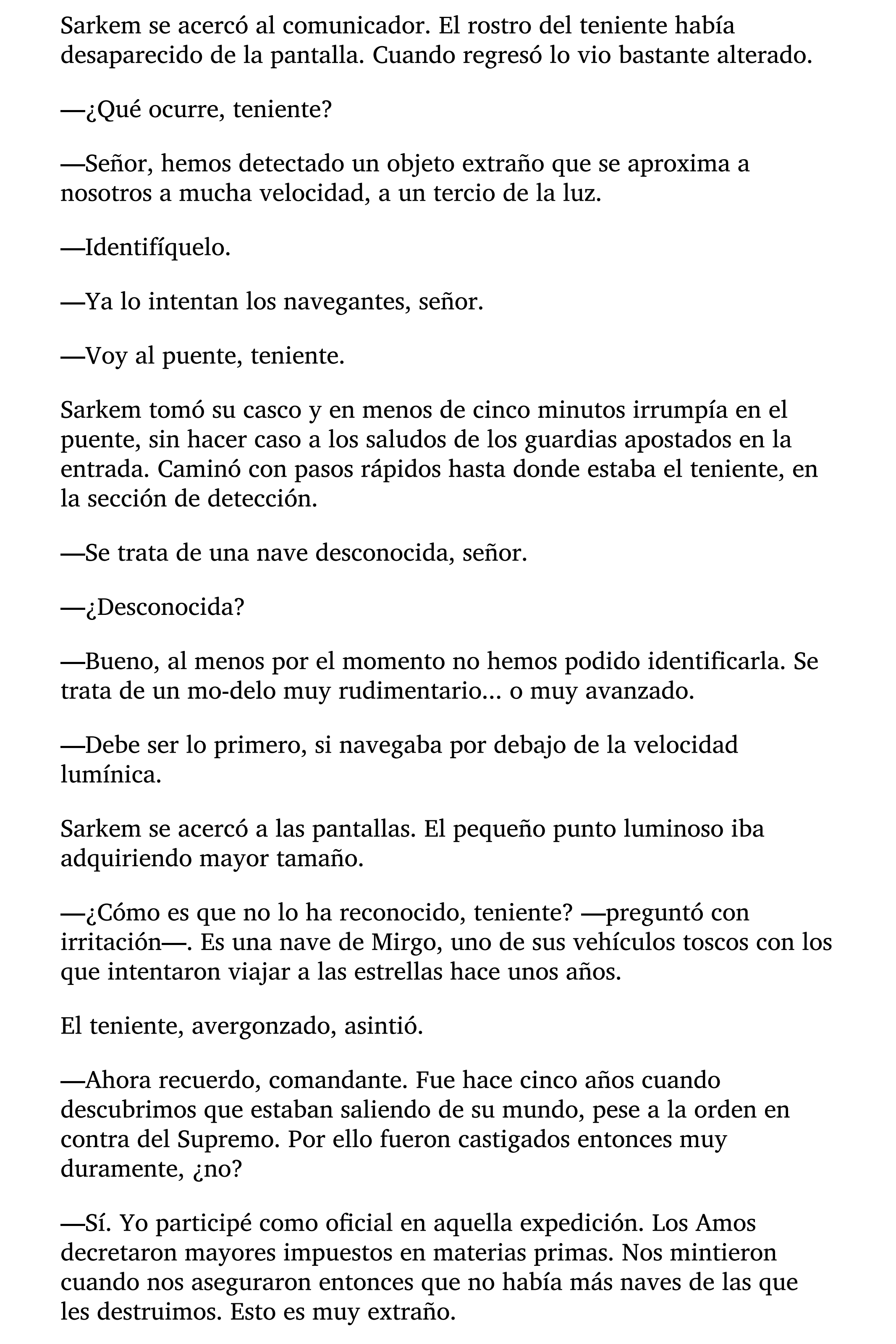
Sarkem dio su conformidad y comunicó al oficial de servicio en el puente de mando que se interrumpiera la velocidad superlumínica cuanto antes.

El oficial volvió a llamarle y le confirmó que el crucero acababa de emerger del hiperespacio.

—El ingeniero le avisará cuando podemos reanudar el viaje, teniente —dijo Sarkem—.

Yo iré al puente dentro de poco.

—No es necesario, señor. Todo está en orden... ¡Un momento, señor... !



Sarkem se acercó al comunicador. El rostro del teniente había desaparecido de la pantalla. Cuando regresó lo vio bastante alterado.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Señor, hemos detectado un objeto extraño que se aproxima a nosotros a mucha velocidad, a un tercio de la luz.

—Identifíquelo.

—Ya lo intentan los navegantes, señor.

—Voy al puente, teniente.

Sarkem tomó su casco y en menos de cinco minutos irrumpía en el puente, sin hacer caso a los saludos de los guardias apostados en la entrada. Caminó con pasos rápidos hasta donde estaba el teniente, en la sección de detección.

—Se trata de una nave desconocida, señor.

—¿Desconocida?

—Bueno, al menos por el momento no hemos podido identificarla. Se trata de un mo-delo muy rudimentario... o muy avanzado.

—Debe ser lo primero, si navegaba por debajo de la velocidad lumínica.

Sarkem se acercó a las pantallas. El pequeño punto luminoso iba adquiriendo mayor tamaño.

—¿Cómo es que no lo ha reconocido, teniente? —preguntó con irritación—. Es una nave de Mirgo, uno de sus vehículos toscos con los que intentaron viajar a las estrellas hace unos años.

El teniente, avergonzado, asintió.

—Ahora recuerdo, comandante. Fue hace cinco años cuando descubrimos que estaban saliendo de su mundo, pese a la orden en contra del Supremo. Por ello fueron castigados entonces muy duramente, ¿no?

—Sí. Yo participé como oficial en aquella expedición. Los Amos decretaron mayores impuestos en materias primas. Nos mintieron cuando nos aseguraron entonces que no había más naves de las que les destruimos. Esto es muy extraño.

El comandante se rascó la barbilla.

—Al parecer —añadió—, tenían naves en el espacio. Es una lástima que no hayamos podido averiguarlo hasta ahora. Creo que antes de llegar a Whutoo interrogaré a algunos prisioneros. ¡Juro por el Supremo que me dirán la verdad!

—La nave mirgo está al alcance de nuestros proyectores láser, señor —advirtió el teniente—. ¿Qué ordena usted?

—Es obvio, teniente. Pese a que la capacidad de fuego de nuestro crucero no es total, debemos interceptar ese vehículo. Los Amos deben conocer cuánto han logrado descu-brir los mirgos en su periplo estelar. Ellos están regresando ahora a su mundo —sonrió—.

Claro que allí les habría esperado una sorpresa. No deben imaginarse que muchas de sus aldeas y ciudades están destruidas y una fuerte guarnición vigila a sus compatriotas.

Sarkem anduvo unos pasos por el puente, se detuvo y exclamó con voz estentórea:

—¡Zafarrancho de combate! ¡Por la gloria del Supremo y los Amos!

CAPITULO II

Después de un breve intercambio con los inofensivos proyectores láser de la nave mirga, el crucero, una vez acallado éste mediante una andanada efectuada con su última batería, consiguió aproximarse lo bastante para poner en funcionamiento su rayo tractor con eficacia.

—La unidad enemiga está siendo arrastrada hacia nuestra bodega, señor —anunció

un navegante al comandante Sarkem—. Es lo suficiente pequeña para entrar por la esclusa mayor.

Sarkem terminó de ajustarse el pectoral de su equipo de combate. Después de tomar el arma, grande y pesada que le tendía su ayudante, dijo:

—No debemos confiarnos. Atacaremos con los dos batallones de asalto si no se rin-den—. Torció el gesto y añadió—: Necesito a varios mirgos vivos para interrogarles. En caso contrario los habría achicharrado en

el espacio.

Sarkem estaba bastante preocupado. Sus fuerzas de asalto no estaban completas y sabía que podría perder más hombres y mujeres en el ataque, pero conocía demasiado bien los pensamientos de los Amos respecto a la estrategia militar. Si volvía y añadía a su informe que por el camino se encontraron con una extraña nave de Mirgo y se habían limitado a destruirla, la reacción de los seres de Whutoo sería de rabia hacia él. Salió al pasillo y desde allí descendió hasta los niveles inferiores del crucero, donde le esperaba la tropa. Al otro lado de los ventanales, a prueba de disparos energéticos, vio la nave enemiga. Apenas, calculó, medía unos doscientos metros de eslora, su aspecto era rudo y el fuselaje estaba saturado de remaches. Se preguntó cómo había podido viajar a las estrellas. Dudó que dispusiera su sistema de impulsión de velocidad superlumínica, pese a que todo parecía indicar que sí. Ocupaba casi todo el perímetro del hangar y por el momento sus esclusas, de las que divisó seis, permanecían cerradas. Cinco baterías portátiles las apuntaban desde distintos puntos de los corredores elevados.

En aquel momento se cerraron las compuertas que comunicaban con el espacio y las luces sobre la nave enemiga se encendieron cegadoramente. Los oficiales rugieron órdenes a los pelotones. Sarkem lo escuchó todo a través del comunicador alojado dentro de su casco. Distinguió la voz, inconfundible para él, de la capitana Khatina.

Anduvo por el pasillo atestado de soldados embutidos en los grotescos y pesados equipos de combate. A su paso se apartaban respetuosamente, apenas veían en la frente de su casco el símbolo de su grado.

—Capitán —dijo Sarkem cuando llegó a la altura de Khatina. Inmediatamente hizo que el diálogo entre ambos no fuera escuchado por nadie más—, ¿por qué has colocado tu sección en el lugar de más riesgo?

—Me olvidé solicitártelo, Sarkem —respondió ella mirándole a través del visor azulado.

Pese al tono de color intenso, Sarkem creyó ver en las pupilas de la mujer una tristeza profunda.

—Tal vez no tengamos que combatir —dijo él—. Tal vez se rindan.

Escuchó una risa amarga y luego la respuesta de la mujer:

—¿Pretendes olvidar cómo son los mirgos? Ellos se saben perdidos y morirán luchando.

—Esperemos. En estos momentos están conminándolos a que se rindan desde el puente de mando. Sarkem volvió a abrir la sintonía general de su comunicador. Le llegó

la comunicación cortada procedente del puente:

—...Ninguna respuesta de la nave enemiga, señor; pero estamos seguros de que nos han escuchado. Disponemos de las claves mirgas. Pretenden ignorarnos.

—¿Algún otro indicio?

—Sí, comandante. Estamos detectando mucho movimiento dentro de la nave. Es posible que pretendan sorprendernos efectuando una salida masiva por todas las esclusas.

Sarkem se mordió los labios. Ojalá los mirgos hicieran lo que suponía el navegante. Si salían podían matar a casi todos y dejar a varios con vida para un interrogatorio posterior.

En cambio, si se mantenían dentro de su destartalada nave mucho tiempo... Meneó la cabeza, nervioso. El regreso a Whutoo era urgente. No podían saltar el hiperespacio con aquella carga tan molesta, distraer muchos hombres vigilando el hangar. Le quedaba la alternativa de ordenar el ataque, pero eso supondría una ventaja sustanciosa para el enemigo. Las bajas entre sus hombres serían muchas.

De pronto, cuando menos lo esperaba, un grito atronó su cabeza:

—¡Están abriéndose las esclusas! Las tropas de asalto se movilizaron y las bocas de las baterías se movieron. Se produjo un silencio tenso. Las esclusas quedaron abiertas y nada sucedió en los siguientes tres minutos. Exasperado, casi sin calcular las conse-cuencias, Sarkem ordenó:

—Que actué la sección número uno.

Entonces se dio cuenta que esta sección estaba bajo el mando de

Khatina. Era como lanzarla a una muerte segura. Pero ya era tarde para rectificar la orden. En aquel momento la capitana estaba flotando, seguida de su sección, sobre el vehículo enemigo.

La idea de Sarkem era hacer creer al enemigo que aquélla era toda la tropa que pensaba lanzar. Quería que se mostraran, que salieran o descubrieran de una maldita vez si disponían de más armas ofensivas en la nave.

Cuando del interior oscuro de las esclusas partieron las andanadas cerradas de fuego, Sarkem reaccionó instintivamente y ordenó a las baterías que disparasen. Pero fue un poco tarde.

Las tropas que se dirigían flotando hacia el vehículo enemigo fueron sorprendidas y abatidas en su mayoría. El hangar se llenó de humo, de nubes rojas que ascendían pere-zosamente hasta el techo.

Docenas de cuerpos, inútilmente protegidos por las pesadas armaduras, cayeron desde docenas de metros al suelo de metal, pesadamente.

Furioso, Sarkem gritó la orden de ataque general y él, al frente de una sección, accionó

el dispositivo antigravedad alojado en su espalda y saltó del parapeto.

Se dirigió velozmente hacia la superficie erosionada de la nave enemiga, con los ojos puestos en el agujero negro que era la esclusa abierta más próxima a él. De allí surgían intermitentes descargas que taladraban el aire pesado con haces fríos de color blanco.

Pero su belleza era mortal, pensó Sarkem. Eran armas poderosas las que disponían los mirgos, mucho más que las usadas por sus compatriotas cuando se defendieron tenaz-mente en la superficie de Mirgo contra los enviados de los Amos.

Sarkem se posó a pocos metros de la esclusa y reptó por el fuselaje. De pronto salieron del pozo figuras que se le antojaron grotescas, pequeños seres sin defensa antiener-gética que, bamboleantes, se deslizaron por las planchas de metal. Disparaban sin casar, casi sin molestarse en apuntar.

El comandante elevó su arma, apoyó la culata en el hombro protegido y apretó el gatillo. Sintió la vibración poderosa y vio con gozo cómo un par de las figuras eran alcanzadas. Inmediatamente se vio rodeado por sus hombres.

Apenas tenía que decirles cómo actuar. Cada soldado era una máquina de muerte en tales circunstancias. Cada uno sabía cuál era su deber, su misión.

Pero ningún hombre o mujer al mando de Sarkem se lanzó a un ataque suicida. Todos actuaron sabiendo que sus vidas eran muy apreciadas por los Amos. Los Amos podían ser despiadados con los humanos que les servían, pero jamás pretendieron que sus tropas sufrieran bajas inútilmente.

Los Amos conocían el lento proceso que requería un humano desde que nacía hasta convertirse en un guerrero aprovechable.

Sarkem corrió por la áspera superficie y se asomó al pozo. Allí brillaba una luz tenue, insuficiente. Colocó el visor infrarrojo delante de su cristal protector y descubrió a un grupo de mirgos parapetados detrás de una mampara.

Agarró de su cinturón una bomba térmica y la lanzó. El cilindro rodó y estalló justo detrás de la mampara. De ella salieron varios mirgos convertidos en teas vivientes.

Antes de lanzarse al interior, Sarkem echó un vistazo por el fuselaje de la nave enemiga. En casi todos los pozos los mirgos habían intentado una salida suicida, pero los soldados de los Amos habían neutralizado tal acción y ahora contraatacaban impetuosa-mente. Varios soldados le precedieron debido a que se distrajo más de lo que hubiera querido. Los siguió.

Sarkem se detuvo un instante para escrutar el aspecto de aquellos mirgos. Eran como todos los que había visto en su vida militar: pequeños, peludos y algo ridículos, con sus orejas puntiagudas y cara de perro dócil. Lo último era engañoso, porque bien conocía su fiereza a la hora de combatir. El odio que sentía por ellos no le impedía admitir que eran valientes.

El dédalo de corredores de la nave mirga fue una pesadilla para Sarkem y sus tropas.

De pronto se acordó que debían conseguirse prisioneros y gritó a sus tropas, a todas las secciones, que respetasen a varios enemigos. Cada unidad debería presentarle al menos a dos mirgos vivos.

Hallaron a varias hembras mirgos. También les opusieron resistencia y tuvieron que abatirlas. Los soldados iban retirando al. exterior a los enemigos heridos. Los que no estuvieron muy graves no serían rematados.

De pronto cesó la resistencia. Sarkem, al frente de un pelotón, irrumpió en una estancia amplia. Al fondo había una puerta abierta y en su umbral cinco o seis mirgos, heridos, que les miraban al tiempo que sujetaban armas con las que les apuntaban.

—Rendíos —tronó Sarkem a través de su amplificador.

La respuesta fue un disparo que pasó a poca distancia de su casco.

Los soldados abrieron fuego y el vano de la puerta quedó convertido en un infierno.

Cuando el humo comenzó a disiparse lentamente sólo vieron un montón de cadáveres.

—Basta —dijo Sarkem—. Esto es el puente de mando, sin duda. No pueden quedar más.

Sus soldados iban a iniciar el avance cuando se detuvieron sorprendidos. Detrás del montón de muertos mirgos había aparecido una figura que por su estatura resultaba inu-sitada.

Nadie se atrevió a disparar y Sarkem miró aquella aparición con sorpresa.

Se trataba de un ser de aspecto humano y tan alto como podía ser Sarkem, quizá un poco más estilizado y grácil. Estaba totalmente cubierto por una extraña y brillante armadura plateada que parecía ajustarse a su cuerpo delgado. La belleza que captó Sarkem en aquel ser, enemigo sin duda, quedaba opacada por el arma brillante que sostenía con decisión.

—Tú no eres mirgo —balbució Sarkem—. ¡Identifícate! Muéstrame tu rostro.

Repitió su demanda con toda la fuerza de sus pulmones.

El ser extraño pasó por encima de los cadáveres mirgos y se plantó delante de la puerta que poco antes fuera un infierno de muerte.

Alzó el arma contra el grupo de soldados del Supremo.

Inmediatamente, una docena de rifles láser se levantaron y encañonaron la figura. Sarkem sintió seca la garganta, asfixiante el aire de su escafandra. Estaba desconcertado.

Se fijó en la especie de cápsula pequeña que ocultaba la cabeza del ser aparentemente aliado de los mirgos. Sin duda había combatido al lado de éstos. Prestó más atención al traje de plata y descubrió una herida en el hombro.

Iba a gritar a sus hombres que no disparasen cuando el arma grande y pesada del extraño osciló entre las manos que empezaron a temblar.

Lo vio doblar las rodillas despacio, inclinar la cabeza; luego los dedos se abrieron y el rifle se deslizó por ellos y cayó al suelo. Sobre el arma se precipitó el ser enfundado de plata.

—Llevadlo a nuestra nave —ordenó Sarkem exhalando un suspiro de alivio. Hubiera lamentado tener que matarlo—. Que se le presten todos los cuidados necesarios. Debe ser mantenido en una habitación aislada y vigilada.

Cuatro soldados se acercaron al ser caído con precaución. Uno alejó el arma sobre la que estaba tendido y entre todos alcanzaron el cuerpo para colocarlo en una camilla flotante que extendieron con rapidez.

Sarkem lo vio pasar delante de él. El casco del ser tenía una línea de visión muy estrecha y apenas pudo ver lo que le pareció un par de ojos cerrados. ¿Qué era? Para ser más preciso debía decir ¿quién era?

Reprimió su impaciencia de marchar detrás de los soldados que cargaban con la camilla para ver cuanto antes el aspecto físico de la criatura, de casi doble altura de un mirgo.

Tan alto como él, se dijo preocupado.

Pero debía ocuparse de la nave capturada y de los prisioneros mirgos conseguidos.

Entre todas las secciones se consiguió un grupo de casi veinte mirgos con vida. Sin dudarlo, Sarkem ordenó la eliminación de los heridos graves.

Se aseguraron que no quedaba ninguna resistencia a bordo y se procedió a la limpieza de los pasillos. Luego llegó el momento del recuento de las bajas.

Un capitán le informó.

Habían tenido treinta y dos muertos, sesenta heridos, casi todos leves y entre la oficia-lidad muerta estaba la capitana Khatina.

Sarkem no quiso ver el cadáver de la mujer. Prefería recordarla con vida. Le dijeron que había perecido durante el primer ataque, alcanzada de lleno por una descarga potente de fuego.

El capitán se despojó del casco y resopló con rabia. Salió de la nave mirga y subió

hasta los corredores. Allí le informaron que el equipo de reparaciones estaba trabajando en las averías externas y el ingeniero le prometía que antes de dos horas podrían reemprender el viaje a Whutoo.

—Los Amos nos felicitarán por esto, señor—le dijo un capitán con voz jovial —. Pese a las bajas, señor.

—Tal vez —replicó Sarkem alejándose de él. Había pasado su curiosidad de ver al ser extraño. Casi no se acordaba de él cuando, de nuevo en el puente, el ingeniero le notificó

de que las averías estaban subsanadas.

—Rumbo a Whutoo —dijo Sarkem guturalmente al navegante en jefe.

CAPITULO III

El teniente Farlon era un veterano de varias campañas contra los mirlos y otras razas recalcitrantes, y tenía fama de sanguinario, de disfrutar mucho, hasta límites orgásmicos, torturando a cuantos prisioneros se le confiaban para hacerles hablar. Sin embargo, durante los dos días que le concedió Sarkem no consiguió nada en claro de los mirgos que les fueron confiados, y tuvo que admitir que eran unos tipos duros de pelar.

—Señor, sólo me quedan once —se lamentó Farlon acariciándose mecánicamente el Signo de su frente, como si con aquel gesto quisiera disculparse de su fracaso ante los Amos—. A bordo dispongo de pocos elementos. Estoy seguro de que en nuestro cuartel les haré cantar de plano.

Estaban en la cabina privada del comandante y éste acabó con la última porción del filete de soja. La masticó despacio y miró de soslayo al teniente sentado a su derecha.

—Ha hecho bien interrumpiendo los interrogatorios, teniente —dijo bebiendo un sorbo de agua reciclada cien veces—. Esos once deben ser mantenidos en absoluta separación

de los mirgos que capturamos en su planeta. No deben saber lo que ha ocurrido en su mundo. Podría desatarse otra epidemia de suicidios que afortunadamente ha cesado.

El teniente frunció el ceño.

—Me atrevería a asegurar, señor, que esos tipos del vehículo apresado llevaban mucho tiempo en el espacio. Regresaban de algún sitio determinado.

—Las investigaciones llevadas a cabo en ese navío no han sido muy profundas, pero hemos averiguado que dispone de velocidad hiperespacial, lo cual es extraño.

—¿Por qué?

Sarkem miró ahora directamente al teniente con cierto desprecio, que no se molestó en ocultar.

—Sencillamente, porque debían viajar por el hiperespacio. El encuentro se ha realizado a unos dos años luz de Mirgo. La única explicación lógica es que acababan de partir.

La pregunta es: ¿De dónde?. No hay ningún sistema planetario en las proximidades.

—¿Qué sugiere usted, señor?

—Quizá hayan tenido un encuentro con otra nave que también partió de Mirgo hace años para llevar a cabo una exploración a otras estrellas.

—¿Qué buscaban?

—Es posible que un mundo donde emigrar para escapar de lo Amos. Por el momento sólo tenemos hipótesis. Espero que en los cuarteles usted sea más eficaz que lo ha sido a bordo, teniente. De esos once

supervivientes mirgos debe sacar la verdad.

El teniente se humedeció los labios. Parecía costarle un gran esfuerzo expresar con palabras sus pensamientos.

—Vamos, dígame lo que sea de una vez —le apremió el comandante.

—Señor, déjeme a esa criatura.

Sarkem apretó con fuerza el vaso de agua.

—¿Cómo se atreve? —silabeó.

Farlon imploró:

—Es un humano, no hay duda, señor. ¡Un renegado!

—No es un humano, teniente, recuérdelo. Jamás un humano se aliaría a los enemigos de los Amos —más exasperado todavía, añadió—: Por el Supremo, teniente, ¿cuándo ha visto un humano sin el Signo?

Farlon parpadeó y observó a su jefe torvamente.

—¿No tiene ninguna explicación, una teoría, señor, para este caso?

Sarkem notó en el teniente un tono irónico que no le gustó. Nunca le agradó Farlon.

Por dos veces se había negado a autorizar su ascenso a capitán. Había algo en aquel tipo de rostro oscuro que le repugnaba, sin atreverse a concretar qué era exactamente.

—Ese prisionero es intocable, teniente.

—Su orden de no hablar de él para nada nos parece excesiva, comandante. Varios oficiales han querido verle y se han encontrado con la negativa tajante de los guardianes especiales puestos por usted.

Sarkem cruzó los dedos. Lentamente, para intentar calmar su furia que crecía velozmente, dijo:

—Sólo los Amos podrán interrogar a ese... humano amigo de los mirgos. Puede retirarse, teniente. Ocúpese de que sus prisioneros vivos lleguen sanos a Whutoo.

Mordiéndose los labios, el teniente se incorporó, saludó y salió de la cabina.

El comandante resopló ruidosamente y apartó la bandeja de la mesa con violencia.

Cada vez que tenía un pensamiento poco respetuoso, en el que las dudas afluían a su mente, el Signo le castigaba produciéndole un dolor más o menos intenso de cabeza.

Se levantó y fue hasta el lavabo. Se refrescó la cara y se tumbó con pesadez en la litera. Era su turno de descanso y debía aprovecharlo. Cerró los ojos e intentó dormir. No quería recurrir al sedante.

Diez minutos más tarde se levantó y se vistió con el uniforme. Encontró una mancha en el pecho y recriminó mentalmente a su asistencia. Debía decirle que tuviera más cuidado. En realidad, pensó luego, era hora de que le suministraran una guerrera nueva.

Ultimamente la intendencia no funcionaba como debiera. Salió de la cabina y caminó

apresuradamente por el pasillo. Eligió un tubo de descenso poco frecuentado para pasar al siguiente nivel. Pasó sin saludar delante de la pareja de guardia y se detuvo ante la puerta de acero cerrada. Dijo al centinela que le miraba algo estúpidamente:

—Abre.

El soldado sacó una llave magnética y manipuló en el cierre, empujó la puerta y se echó a un lado. Sarkem entró. Podía estar seguro de que el centinela no diría que el comandante había estado allí durante el periodo de descanso, contraviniendo un poco su propia orden de que nadie debía visitar al prisionero aparentemente humano.

Aparentemente humano. Las dos palabras repiquetearon en la mente de Sarkem cuando cerró la puerta y se volvió para mirar al interior de la celda.

Por el Supremo, ¿qué estigma podía tener aquel ser que le diferenciara de los humanos?

Sarkem pasó la mano por el interruptor y la luz débil adquirió más potencia.

El prisionero estaba acostado en la estrecha litera, de espaldas a él. Obviamente, no tenía el traje de plata, sino una blusa blanca todavía manchada de sangre, a la altura del hombro izquierdo, donde un vendaje eficaz había contenido la hemorragia de la herida causada por el disparo de una descarga débil de calor.

—Levántese —dijo Sarkem.

—Estaba despierta —replicó una voz suave.

Era la primera vez que Sarkem estaba a solas delante del humano aliado de los mirgos y también la primera vez que se dirigía a él.

Cuando, en compañía de otros oficiales, estuvo presente en el momento en que el prisionero fue despojado de su armadura liviana no hizo el menor comentario al averiguar que era una mujer.

Ella se incorporó y le miró. Unos ojos verdes y grandes observaron al comandante. La cabeza de la mujer se agitó y su cabellera corta y de color oro pareció vibrar bajo la luz intensa de la celda.

—Le veo sorprendido —dijo ella.

—Debo estarlo. Me ha respondido en mi idioma.

—¿Su idioma? —sonrió ella tristemente. Añadió en lengua mirga—: ¿Prefiere este otro?

—¿Cuál es el suyo? —inmediatamente, Sarkem carraspeó dándose cuenta de su error. Por lógica, el idioma de la mujer no podía ser otro que el mirgo, o cualquiera, excepto el de los humanos al servicio de los Amos.

—¿Qué hacía a bordo de la nave de esos tipos?

—Se está refiriendo a los mirgos y los menta con desprecio. ¿Por qué?

—Responda.

—¿Ha empezado por fin el interrogatorio?

—¿Lo esperaba?

—Sin duda. ¿Tal vez lo harán los Amos? ¿El mismo Supremo?

—¿Quién es usted?

Ella soltó una carcajada.

—¡Qué absurdo! No sabemos más que hacernos preguntas mutuamente. Comandante, mi nombre es Cooper, Alice Cooper y confieso que me sorprende oír mi propia risa. Mi grado es el de capitán.

—¿Capitán? —Sarkem bizqueó y tomó asiento en el taburete atornillado al suelo—.

¿Los mirgos le dieron un grado en su indisciplinado ejército? —¿Por qué? —¿Acaso por recompensarle de su traición a la especie humana?

La mujer calló. Cruzó los brazos y miró fijamente al comandante.

—Señor, he dicho que mi carcajada resultaba fuera de lugar en estas circunstancias.

Quizás se debió a mi nerviosismo. Todo esto me resulta tan insólito...

—Evidentemente su presencia en el vehículo mirgo lo era. ¿Qué hacía allí?

—Me niego a contestar a más preguntas suyas, comandante.

—Será peor para usted. Tendrá que contestarlas cuando lleguemos a nuestro destino.

—¿A Whutoo?

El comandante entornó los ojos.

—Sabe más de mí que yo de usted, cap.... Cooper.

—¿Se resiste a llamarme por mi grado?

—Sólo los humanos al servicio de los Amos gozan del privilegio de ostentar uniforme y...

—¿Es un orgullo para usted lucir ese grotesco signo en la frente?

Sarkem lo vio todo nublado. Enfurecido, abofeteó a Alice. La mujer, sorprendida, no pudo esquivar la mano encallecida del comandante,

pero enseguida reaccionó y lanzó un golpe a la mandíbula del hombre.

—Debería matarla por esto y por sus insultos —silabeó Sarkem acariciándose el mentón después de haber retrocedido un paso.

—Ojalá me hubieran contado los mirgos más cosas respecto a ustedes, comandante.

Entre otras cosas, me dijeron que los humanos al servicio de los Amos están locos todos y son unos fanáticos. Dudo que encuentre entre ustedes a uno cuerdo.

—Cuando esté en manos de Farlon no será tan altiva.

—Si los whutooes son sus dueños confío que posean más inteligencia y me escuchen.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Sarkem—. ¿Está pensando que los Amos van a consentir en recibirla? ¡Está loca! Ellos sólo reciben a los altos dignatarios de la comunidad humana a su servicio.

Alice hizo un gesto despectivo con las manos y regresó al camastro, en donde se sentó con gestos cansados.

—Es inútil. No se puede hablar con usted. Cuando entró aquí concebí esperanzas de llegar a un entendimiento y... Déjelo. ¿Cuándo llegaremos a ese planeta llamado Whutoo, comandante?

Sarkem dudó si debía decírselo. ¿Por qué no? La prisionera humana no podía obtener ninguna ventaja s le respondía:

—Pasado mañana.

—¿Puede contestarme a otra pregunta?

—Tal vez.

—¿Todos los humanos a bordo de este viejo crucero de combate llevan ese chisme en la frente que ustedes llaman Signo?

—¡Por supuesto! ¿Por qué llama viejo crucero a mi nave.

—Por que lo es. Debió ser desguazada hace un siglo.

El comandante consideró que debía marcharse ya. Al dirigirse hacia la puerta se fijó en un bulto con ropas que había en un rincón. Lo señaló y preguntó a Alice qué era.

—El uniforme que llevaba debajo del traje de combate —respondió ésta.

Sarkem arrugó el ceño. Se fijó en la blusa que ella llevaba y las diminutas bragas. Quizás estaba tan ligera de ropas porque en la celda el calor era excesivo. Se agachó y tomó

el bulto. Dijo:

—Ordenaré que le traigan ropas de prisionero común.

Ella iba a protestar pero se contuvo y apretó los labios.

No hubo despedida entre ellos. Al salir al pasillo, y mientras escuchaba que el centinela echaba el cierre magnético, el comandante abrió un poco el bulto. Se encontraba cerca del próximo recodo y allí se detuvo estupefacto.

¡Dentro del bulto había un uniforme de color negro!. Y plata.

Su mano izquierda acarició el pecho de su ajada ropa, de su propio uniforme que exigía una renovación. Al igual que el de la prisionera, era de negro y plata. Como el de todos los humanos al servicio de los Amos.

* * *

A menos de una hora de entrar en la atmósfera de Whutoo, Sarkem comparaba la cali-dad del tejido de su uniforme con las ropas arrebatadas a la prisionera. Excepto en lo burda que era su propia tela y ciertas diferencias en el trazo de las líneas plateadas, con un poco de liberalidad podía afirmarse que los trajes eran semejantes, o al menos pretendían serlo.

El comandante hubiera seguido todavía mucho tiempo divagando de no ser por el tim-brazo que le anunciaba la conexión con la superficie del planeta.

Con voz ligeramente nerviosa, el técnico en comunicación dijo por el tornavoz:

—Señor, el propio Supremo desea hablarle.

Sarkem se estremeció y su dedo tembloroso reptó por el panel de mandos y tocó el botón correspondiente para ajustar la conexión.

Parpadeó cuando en la pantalla se formó la imagen resplandeciente del Supremo. Las enseñanzas atávicas de Sarkem resucitaron con ímpetu, el Signo le hostigó y necesitó de las plegarias rituales para obtener la fuerza necesaria y ser capaz de levantar la mirada hacia el ser que desde el otro lado le observaba.

Pocas veces el Supremo se dirigía a los humanos. En toda su vida, Sarkem sólo había tenido el honor de conversar con el más poderoso de los Amos en tres ocasiones, siempre para recibir alguna felicitación. Ahora se preguntaba si también iba a ser halagado.

Existían algunas dificultades para que así fuera. Reconocía que el informe remitido al Supremo no estaba repleto de motivos para que éste le dirigiese parabienes. En realidad, en el informe existían párrafos, que ahora reconocía, por los cuales podía ser enviado a la planta de fertilización, de donde saldría su cuerpo convertido en abono orgánico para los campos donde se producían los alimentos destinados a los humanos. Miró a la pantalla y se arrepintió de sus mentiras, de la ocultación de la verdad en el uniforme. El ser brillante y oscilante tardó unos segundos en pronunciar unas palabras que parecían proceder del infinito:

—Comandante Sarkem, quiero aclarar contigo algunos detalles de tu misión.

—El Supremo, ameba rojiza y gigantesca, se acercó a su visor y toda su masa ocupó

la pantalla que temía Sarken delante—. Es muy lamentable la pérdida de ese extraño ser de apariencia humana que acompañaba a los mirgos capturados.

El comandante sintió húmedas las palmas de sus manos. Se las frotó procurando que el supremo no viese su gesto. Después de deglutir con esfuerzo, dijo:

—Supremo, las averías que soportábamos desde muestra partida de Mirgo nos impi-dieron actuar para sofocar el incendio que asoló la sección de la nave donde mantenía-mos prisionero a ese ser.

—Eso me dices. Es una lástima que tu buena hoja de servicios se haya empeñado con este lamentable suceso. Varios Amos se ocuparán de investigar cuando desciendas en el astropuerto.

Sarkem reprimió lo mejor que pudo el dolor que el Signo empezaba a emitirle. Sabía que desde el planeta al que se aproximaban el Supremo podía aniquilarle con su poder, con sólo desear que el trozo de metal adosado a su frente explotase. Para hacer tal cosa sólo necesitaba enfurecerse o creer que seguía mintiéndole de palabra después de haberlo hecho a través del informe remitido.

—Estamos preocupados por el comportamiento de los mirgos, comandante —dijo el Supremo a través del aparato que transformaba sus sonidos en palabras comprensibles para los humanos—. Cuando consigamos más información de los prisioneros mirgos sa-A. Thorkent

bremos a qué atenernos. Tal vez sea necesario vigilar el espacio estelar que rodea a Mirgo, en prevención de que otras de esas toscas naves pretendan regresar a su mundo, ignorantes de que de una vez por todas los hemos vencido.

—Así lo deseo para mayor gloria de Whutoo, Supremo —asintió Sarkem con voz es-trangulada.

Cuando la pantalla se apagó, respiró aliviado.

Pero no estuvo tranquilo hasta que el crucero descendió y logró encerrarse en su habitáculo.

Allí ya le esperaba su equipaje, mucho más abultado que cuando embarcó para ir a guerrear contra los mirgos.

CAPITULO IV

El vehículo tosió y volvió a hacerlo cuando se detuvo junto a otros. Un oficial corrió hacia él y saludó cuando el comandante Sarkem bajó. Tenía grandes ojeras y mal color.

Debajo de su visera el Signo estaba tan pálido como él.

—Señor... —empezó diciendo el teniente Farlon. Calló al ver el lamentable aspecto de su jefe.

—¿Por qué ha mandado llamarme, teniente? —preguntó mirando por encima de los hombros del oficial la mole del crucero, inundado por las luces de los reflectores. Alrededor del navío se movían docenas de obreros.

—Una comisión de Amos estuvo aquí hace pocas horas. Mantuvieron una larga charla con el ingeniero.

—¿Dónde están? ¿Acaso se han marchado sin esperarme?

—Les dije con todo respeto que le había mandado a usted un aviso, pero subieron a su deslizador y se retiraron en dirección al recinto sin responderme.

Sarkem volvió la cabeza. En la noche resplandecía, a cierta distancia de los cuarteles, el recinto de los Amos, en cuya cúspide moraba el Supremo. Ningún humano podía entrar allí y nadie conocía apenas cómo vivían los whutooes. Sólo existían rumores poco creí-bles.

—No quisieron verme —murmuró Sarkem.

—¿Decía, señor? —inquirió el teniente enarcando una ceja.

—Nada. ¿Qué estuvieron mirando con más interés?

—Todo, señor. Pero, más que nada, la sección que perdimos cuando estábamos a punto de terminar nuestro viaje por el hiperespacio, —el teniente esbozó una sonrisa y dijo—: Ah, los prisioneros mirgos ya están en la prisión de los cuarteles. Los Amos me han ordenado que ponga todo mi interés en que los capturados de la nave nos digan de dónde venían y quien era el ser parecido a los humanos que les acompañaba. Ya que éste no podrá decir nada porque desapareció junto con la sección siniestrada, se confía que sean los mirgos quienes nos aclaren el enigma.

El comandante miró fijamente a Farlon.

—Usted debe tener algo en la mente cuando no me avisó que los Amos no querían hablar conmigo, teniente.

El oficial asintió.

—Así es, señor. Pienso que se encuentra usted en una situación algo delicada.

Sarkem se envaró. Bajo el resplandor de las antorchas que soldaban nuevas planchas al crucero, notó más diabólico el rostro de Farlon. Evidentemente estaba disfrutando por anticipado del posible castigo que podía recibir su jefe.

—Explíquese.

—Los Amos no están conformes con la hipótesis del ingeniero.

—¿Qué dice el ingeniero?

—Afirma que resulta imposible que la sección se desprendiera.

—Había averías...

—No lo bastante graves como para ese percance. Además, resulta curioso que el centinela no perdiera la vida. Ocurrió justo en el momento en que éste debía reportarse, por lo que se alejó de su puesto y tuvo tiempo de ocultarse en una cámara estanca.

—Fue afortunado.

—Sin duda; pero, pese a sus heridas, podrá declarar dentro de poco y entonces nos dirá quién fue el oficial que visitó al prisionero cuando usted dio una orden, tajante, de que nadie lo viese. Por ahora está sometido a un tratamiento para que se recupere del shock que sufrió.

—¿Tiene algo más que decirme, teniente?

Farlon movió la cabeza negativamente, sin abandonar su sonrisa que a Sarkem se le antojaba burlona.

—No, señor. Si ocurriera alguna otra cosa le informaría.

—Eso espero —respondió Sarkem, pensando que sólo lo haría si la noticia resultaba poco beneficiosa para él.

Se alejó del teniente y paseó un rato alrededor de la nave cubierta por andamios de metal, desde donde los obreros terminaban las reparaciones que sólo pudieron hacerse de manera urgente durante el viaje.

El ingeniero se asomó a un andamio para exigir a unos operarios más diligencia en su trabajo, vio al comandante e inmediatamente se retiró.

Sarkem se dijo que el ingeniero se había puesto nervioso y fingido no verle. Su expresión podía interpretarse como sumamente turbada. Quizá mora estaba recapacitando sobre el informe dado a los Amos y comprendía que de una forma u otra había acusado a su comandante.

Con pesadez en las piernas, Sarkem se retiró de la grada. No se encontró con Farlon y se alegró por ello. Otros cruceros permanecían anclados en sus rampas.

Eran tan viejos como el suyo propio, o al menos el que pensaba que estaba bajo su mando. Según se estaban desarrollando los acontecimientos, dudaba que volviera a sentarse en el sillón de mando en el puente.

Antes de conocer a la mujer extraña, de escuchar sus palabras, jamás había pensado que las naves de guerra eran viejas y toscas. Ahora las veía de forma distinta: sucias y necesitadas de una reparación a fondo... o desguazadas.

Meneó la cabeza, aturdido. Siempre había sido así. Cuando era un muchacho, un oficial lleno de ambición, fue el más feliz de los humanos cuando entró a formar parte de la tripulación del crucero que años más tarde pasaría a su mando.

En realidad nunca en su vida había presenciado la construcción de un crucero. Siempre eran los mismos. Mejor dicho, cada vez tenían menos. A veces alguno se perdía en el espacio para siempre o algún planeta menos salvaje que los demás conseguía la rara proeza de destruir uno.

Regresó a su vehículo y se puso ante los mandos. Encendió el motor y tuvo que echar mano a su paciencia hasta esperar que éste rugiese de manera normal. Condujo despacio hasta entrar en la carretera que conducía a los cuarteles, cuyas luces pálidas no podían competir en la noche con el resplandor del recinto de los Amos.

Cruzó la entrada y el centinela le saludó al reconocerle. Al pasar delante del habitáculo del almirante estuvo tentado de parar y entrar para conversar un momento con el viejo militar. Desechó la idea porque era muy tarde y seguramente su superior humano estaría descansando.

El almirante Marlowe, según se decía, iba a ser sustituido en breve. Era demasiado viejo para continuar ocupando el cargo. ¿Qué harían los Amos con él? ¿También acabaría en la fábrica de abonos? ¿No sería respetado su rango, tantos servicios y años dedi-cados a los Amos?

Al otro lado de los cuarteles estaban las aldeas, donde vivían los hombres y mujeres destinados a cultivar alimentos, a tejer y construir armas, aquellos que no eran aptos para el servicio militar. Sus casas y calles siempre le resultaron tristes a Sarkem, y pocas veces solía frecuentarlas. Si quería alguna mujer y beber, reír y bailar, visitaba la cantina de los oficiales y allí conseguía divertirse un poco.

Tuvo un recuerdo para Khatina y sintió dolor por su muerte. Era un dolor diferente al que le proporcionaba el Signo. Podía definirlo como dulce y amargo a la vez.

Seguía pensando en Khatina cuando detuvo el vehículo delante de su habitáculo y con la llave abrió la puerta y entró cerrando sigilosamente. Tardó un instante en decidirse a encender la luz.

Había dejado dicho que en su ausencia no la encendiese.

Miró a la mujer que estaba sentada frente a él, medio adormilada.

Alice Cooper le recordaba a Khatina.

* * *

—¿Problemas? —preguntó la mujer mientras él corría las cortinas.

—¿Quieres una taza de café?

—No has contestado a mi pregunta. Olvida el café. Bueno, eso que llamáis café.

¿Quién os ha dicho que lo es?

Sarkem puso agua a calentar y miró el bote con los granos oscuros. La mujer le había dicho que tal vez podría beberse si tuviera azúcar en la casa. El comandante le respondió

que no había azúcar en Whutoo, aunque el almirante Marlowe le insinuó un día que en su juventud todavía quedaba algo.

—Podría ofrecerte una copa de licor si lo hubieran repartido esta semana —dijo Sarkem vaciando una cucharada de café en el agua—. Por desgracia hubo una avería en la destilería y no tendremos hasta el mes que viene.

Por el rabillo del ojo contempló a la mujer. Alice vestía unos pantalones marrones de operaria y un chaquetón de él que le estaba

muy grande. Tenía recogido el cabello y se parecía a Khatina más que nunca.

—Hay problemas —dijo él secamente. Echó el café en una taza y se sentó junto a Alice.

Le contó todo, rehuyendo mirarla a los ojos. Sorbía de vez en cuando un poco de aquel brebaje caliente y amargo.

—Puedes acabar en... ¿No dices que se llama factoría?

—Sí. En Whutoo no se entierran a los humanos. Son aprovechados para confeccionar abono. La tierra no da muchos alimentos y a veces se pasa hambre.

—No se puede llenar el estómago a base de pensar en la gloria de los Amos y el Supremo, ¿verdad?

Días atrás. Sarkem hubiera saltado escandalizado del sillón. Le hubiera parecido una blasfemia el comentario de Alice. Hasta él mismo se sorprendió de continuar sereno, sin inmutarse.

—¿Sabes? —dijo con una media sonrisa—. Khatina y yo solíamos hablar mucho cuando estábamos a solas, sobre todo cuando terminábamos de hacer el amor y permanecíamos abrazados, besándonos casi constantemente. Nos reíamos a veces. Era como un juego nuestra charla, desafiábamos las leyes de los Amos y sólo nos deteníamos cuando nuestros Signos respectivos actuaban y nos decían que infringíamos las disposi-ciones. Ante el dolor que sentíamos, nos callábamos.

Alice acercó una mano al metal de la frente de Sarkem y lo acarició. El comandante se estremeció ligeramente.

—Reflejo condicionando, algo inducido en tu juventud. Es posible que este objeto tenga en su interior un explosivo que los Amos pueden detonar a distancia, con un pensamiento. Una tecnología fácil, sin embargo. No hay nada de sobrenatural.

—Hablas como Khatina —murmuró Sarkem.

—A ella le asaltaban más las dudas que a ti. Vuestras relaciones

fueron extrañas: amor y desconfianza a la vez.

Se estableció un silencio largo entre los dos. Apenas se escuchaban sus respiraciones.

Alice bajó su mano hasta la mejilla del hombre y rozó suavemente su nuca con los dedos.

—Volviste a mi celda en tu crucero a las pocas horas, —sonrió ella—. Estaba empezando a temer que no volvería a verte cuando apareciste, pálido y nervioso. Querías saber. Me rogaste que te contara cómo podía vivir ya sin el Signo de los Amos en mi frente.

¿Acaso te arrepientes de haberme creído?

Sarkem reclinó la cabeza sobre la mano de ella y negó en silencio, entornando los ojos. Las caricias de Alice eran relajantes.

—¿Por que empezaste a dudar con más firmeza? —insistió ella.

Ahora, con los ojos completamente cerrados, el hombre replicó:

—Hacía tiempo que pensaba cosas que podía considerar como blasfemas. Tu sereni-dad y firmeza, tu seguridad pese a no tener el Signo que nos hace nobles a los humanos, me turbó hasta límites insospechados. Pero...

—Sé lo que vas a decirme: estás en peligro. Los Amos sospechan de ti. ¿Por qué re-celan de tu comportamiento?

—No lo sé. Es extraño. Debían estar conformes con mis testimonios. Tal vez Farlon se fue de la lengua, aunque...

—Sigue.

—Un oficial como él no puede dialogar directamente con un Amo sin antes pedir permiso a su inmediato superior.

—Los Amos deben poseer un medio para detectar la incipiente infidelidad de sus súb-ditos.

Sarkem abrió los ojos súbitamente.

—¿Qué quieres decir?

La mujer acercó sus labios a los del hombre y los besó. No había quitado la mano de la nuca del comandante y de pronto sus dedos

ejercieron una ligera presión y Sarkem cayó

hacia atrás, totalmente inerte. Alice se apartó un poco y susurró con pesar:

—Lo siento. No te merecías esto, pero era preciso.

Caminó hasta el reducido cuarto que era la cocina y abrió un cajón. Allí tenía guardado los cuchillos que estuvo afilando durante toda la mañana, unas horas largas y que se le antojaron interminables en su soledad. Volvió junto al hombre y lo tendió en el suelo. Puso un almohadón debajo de la cabeza de Sarkem y tomó el cuchillo. Probó su filo con uno de sus cabellos dorados. Cortaba igual que un bisturí. Luego empuñó una delgada espá-tula y con ambos instrumentos se inclinó sobre el Signo.

«Espero no haberme equivocado y sin proponérmelo corté el cordón umbilical que te une a los Amos y te conserva con vida, comandante Sarkem —soltó un ligero suspiro—.

Pero es necesario que te libere de una vez para siempre.

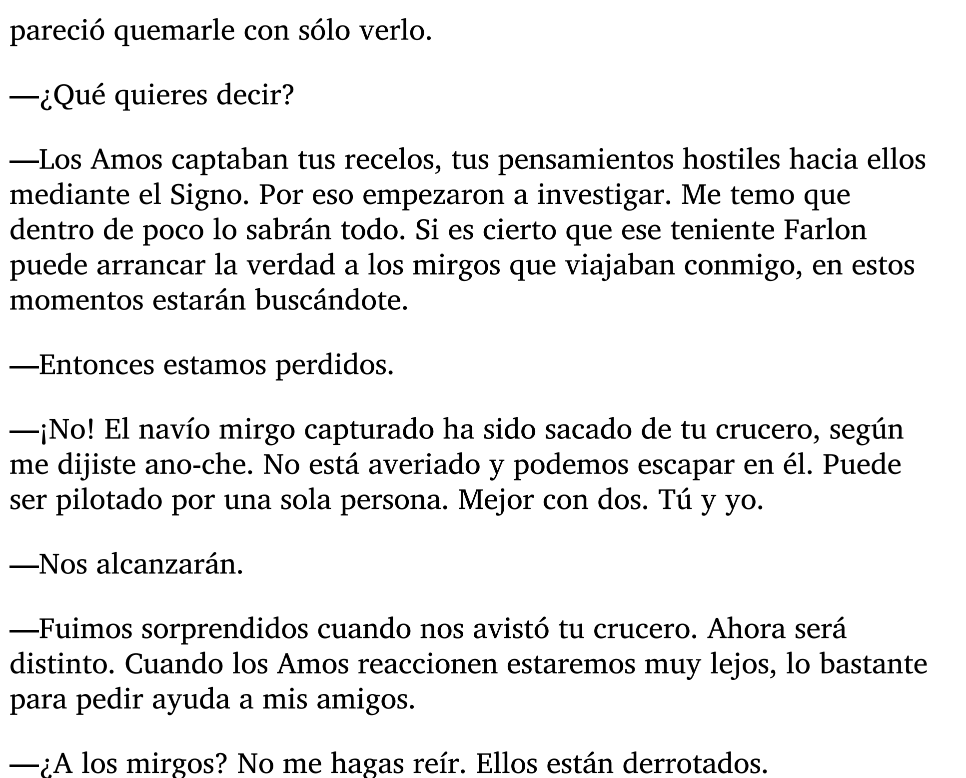
CAPITULO V

Amanecía cuando Sarkem recobró el sentido. Alice Cooper necesitó de casi una hora y toda su persuasión para convencerle de que no iba a morir pese a que ya no tenía adosado el Signo en la frente. Le acercó un espejo y el comandante pudo ver, después de veinte años, su rostro libre. Recordó que los Amos le colocaron la pequeña placa de metal cuando exactamente había cumplido los trece.

—¿Cómo se siente? —preguntó Alice, un poco más segura de que Sarkem no iba a reaccionar violentamente contra ella. Al parecer había creído todo cuanto le contó.

—Asustado. Me encuentro demasiado bien. Por eso estoy asustado —replicó queda-mente Sarkem tomando con sus manos el espejo. Observó las pequeñas heridas, dos líneas de puntos minúsculos y rojizos, que formaban una vaga forma del Signo en su frente.

—Ahora no debemos perder más tiempo, Sarkem —dijo ella tendiéndole el Signo, un trozo de metal frío pero que al comandante


pareció quemarle con sólo verlo.

—¿Qué quieres decir?

—Los Amos captaban tus recelos, tus pensamientos hostiles hacia ellos mediante el Signo. Por eso empezaron a investigar. Me temo que dentro de poco lo sabrán todo. Si es cierto que ese teniente Farlon puede arrancar la verdad a los mirgos que viajaban conmigo, en estos momentos estarán buscándote.

—Entonces estamos perdidos.

—¡No! El navío mirgo capturado ha sido sacado de tu crucero, según me dijiste ano-che. No está averiado y podemos escapar en él. Puede ser pilotado por una sola persona. Mejor con dos. Tú y yo.

—Nos alcanzarán.

—Fuimos sorprendidos cuando nos avistó tu crucero. Ahora será distinto. Cuando los Amos reaccionen estaremos muy lejos, lo bastante para pedir ayuda a mis amigos.

—¿A los mirgos? No me hagas reír. Ellos están derrotados.

Alice arrojó a Sarkem su uniforme.

Entonces él se percató que Alice vestía las ropas de negro y plata.

Ella le sonrió.

—Sé que estás pensando que mi uniforme se parece mucho al tuyo. Todo tiene su explicación. Sólo son distintos en el tejido; demasiado burdo y mal cosido el tuyo.

—Estoy ansioso porque me expliques todos los enigmas que te rodean, Alice.

—Tendremos ocasión cuando estemos lejos. ¿Posees armas en tu habitáculo?

Sarkem terminó de abotonarse la guerrera y sacó de un cajón pequeño, muy disimula-do en una alacena, una pistola que entregó a la mujer.

—Posee media carga. Yo tengo la mía —añadió palpándose la cartuchera donde col-gaba su láser de reglamento—. Está saliendo el sol.

Alice atisbó por la ventana después de correr las cortinas. El exterior parecía tranquilo.

Vio el vehículo del comandante. Ningún soldado cerca. Lejos, el recinto de los Amos todavía brillaba en medio de la bruma, surgiendo como un monstruo gigantesco de la niebla del amanecer.

—Vamos —dijo Alice abriendo la puerta.

Montaron en el vehículo y un centenar de metros más adelante, Sarkem lo detuvo frente al habitáculo del almirante Marlowe.

—¿Qué haces? —preguntó Alice alarmada—. Creí que íbamos a dirigirnos directamente al astropuerto...

—Necesitaré algo más que mi graduación para poder entrar en el navío mirgo —masculló Sarkem. Abrió la portezuela y corrió hasta el pequeño pórtico del hogar de Marlowe.

Alice quedó dentro del vehículo, un poco encogida, como si temiera ser vista por cualquier habitante de los cuarteles que pasara cerca.

Con la pistola amartillada, trató de serenarse. Habían sido muchas las horas vividas en una tensión muy alta. En una sucesión de imágenes vertiginosas rememoró todo lo acontecido desde que en su segunda entrevista con Sarkem, en la que pudo terminar de convencerle de que los humanos de Whutoo eran marionetas de los Amos, hasta que oculta en los equipajes del comandante llegó hasta el habitáculo donde había permaneci-do más de un día, siempre temiendo ser descubierta por los Amos o por los soldados enviados por éstos.

Había tenido a veces que tratar a Sarkem como si se tratase de un chiquillo, que algunos momentos actuaba como un adulto sereno y otros se comportaba igual que un para-noico. Con paciencia había ido conociendo la situación de la comunidad humana al servicio de la misteriosa raza Whutoo.

Al volverse para mirar por la ventanilla trasera vio a una patrulla que se acercaba por la calle. Todavía estaba muy lejos, pero no tardaría en hallarse en la altura del vehículo.

Miró hacia la puerta del habitáculo donde Sarkem había entrado y era

la morada del almirante, el anciano guerrero llamado Marlowe.

De pronto apareció Sarkem en el umbral de la entrada. Llevaba sobre los hombros un bulto de apariencia pesada, que echó detrás del vehículo. Al sentarse junto Alice, explicó:

—Es el almirante. Nos lo llevamos.

Alice echó un vistazo al bulto. El almirante debía ser alto y delgado, dedujo por la forma que yacía en los sillones traseros.

—Se acerca una patrulla —avisó a Sarkem.

—Ya la he visto.

—Se han detenido delante de tu habitáculo.

—Es posible que estén buscándome por orden de los Amos —masculló el comandante poniendo en marcha el vehículo y alejándose a toda velocidad—. Se sentirán tan confu-sos al no verme que cuando los Amos sepan que no han podido detenerme nosotros estaremos dentro del navío mirgo.

Salieron de los cuarteles y enfilaron la estrecha y pésima carretera que conducía al astropuerto.

—¿Por qué quieres llevarte al almirante?

—Sólo quería apoderarme de su bastón de mando para imprimir su símbolo en un papel donde había redactado una autorización. Pretendo entrar en el navío mirgo con este coche y la necesitaré para que la guardia nos deje pasar. Marlowe despertó y tuve que golpearlo.

—Pudiste dejarle inconsciente en su casa.

—Siempre he apreciado al almirante. Quizás porque sabía muchas cosas que le contó

su padre y él me las confiaba cuando algunas noches le visitaba para jugar una partida de ajedrez. Creo... Bueno, estoy seguro de que él en su juventud se hacía muchas preguntas que ponían en duda la infalibilidad de los Amos.

—¿El jefe del ejército humano al servicio de los Amos se arriesgó a comunicarte indicios de sus pecados juveniles?

—Aunque te parezca extraño, así es. Al principio a mí también me

pareció una impru-dencia por su parte.

El astropuerto se acercaba a ellos velozmente. Alice se aseguró de que nadie le seguía y preguntó después de un breve silencio:

—¿Viven tus padres, Sarkem?

—Nosotros jamás sabemos quiénes son nuestros padres —respondió apretando los dientes—. Nos criamos en guarderías. Recibimos un nombre y un apellido, además de un número de serie que entre nosotros no mencionamos porque es un código al que sólo pueden tener acceso los Amos. No me preguntes cómo es porque lo ignoro.

Se detuvieron un momento ante la entrada del astropuerto. El soldado que se acercó a cumplir con la formalidad saludó al comandante se limitó a echar una mirada poco curiosa a Alice. No le debió extrañar nada que ella vistiera un uniforme ligeramente diferente a los demás, no dijo una sola palabra más y se retiró andando de espaldas.

—Ahora viene lo más difícil —susurró Sarkem alejándose del control. Entregó a Alice un papel que sacó de su guerrera—. Tú se lo mostrarás al guardia que esté vigilando el navío mirgo. Confiemos que él se fijará sólo en lo que está escrito y no se dará cuenta de que vistes de manera más limpia que yo mismo. Tu uniforme, Alice, parece siempre recién salido de la lavandería.

—¿No será extraño que conduzcas tú?

—Es mi vehículo privado. No se alarmarán por esto al menos.

Alice desdobló el papel y leyó las líneas que estaban escritas en él. No conocía la letra de Sarkem, pero debía ser la de él. Era un texto cuartelero, seco y burdo.

Se fijó en el grabado que había al pie, un anagrama formado por varias letras, casi un garabato.

Sarkem conducía ahora más despacio. En las gradas donde varios cruceros eran reparados, no había operarios. Era demasiado temprano, pensó Alice fijándose en las viejas naves de combate. Por la ventanilla abierta le llegó un olor desagradable a óxido, metal y grasa. El comandante llamó su atención para que mirase a la derecha. Allí se

alzaba una nave rodeada de andamios metálicos y grúas.

—Es mi crucero —su voz sonó triste a los oídos de la mujer—. No volveré a sentarme en mi sillón en el puente de mando —añadió con despecho—. Farlon tendrá ahora su oportunidad. Podrá pedir una revisión de su expediente y el nuevo almirante le ascenderá

a capitán y luego a comandante. Al fin tendrá un crucero para él.

—¿Por qué le mantenías como oficial?

—Es un sanguinario.

Alice pensó que existían otros motivos para aquel odio que Sarkem avivaba constantemente hacia Farlon. Detrás de la nave que ya nunca más mandaría Sarkem estaba la de los mirgos, pequeña y reluciente. Dos parejas de soldados vigilaban su entrada principal, una esclusa semicircular a la que se llegaba por una rampa. Los guardias parecían un poco dormidos. Uno de los ellos, la única mujer de los cuatro, se acercó al vehículo cuando Sarkem lo detuvo a medio camino de la rampa.

Ella lo reconoció al instante, pero debía tener órdenes de no dejar pasar a nadie. Alice vio titubear a la mujer y enseguida le mostró el permiso falsificado.

—Adelante, señor —dijo el soldado saludando.

Cuando el vehículo se perdió por el túnel después de franquear la esclusa, ella dijo a otro soldado, algo preocupada:

—Creo que debí decirle que hay visitantes a bordo.

—Yo diría que no era preciso. El comandante Sarkem ha debido ser llamado por ellos.

La mujer asintió, visiblemente aliviada.

—Tienes razón. De otra forma el almirante no hubiera confrontado la orden.

Ambos se reunieron con los otros dos soldados y comentaron con ellos que podían ser ciertos los rumores que decían que el comandante Sarkem se encontraba en un grave aprieto y los Amos iban a someterlo a un expediente disciplinario.

Sarkem sólo pudo conducir el vehículo hasta el final del túnel. A partir

de allí tenía que dejar a Alice que le señalase el camino más rápido para alcanzar el puente de mando.

Ella ayudó al hombre a bajar al almirante. Lo sacaron del saco y tomó al viejo por las axilas. Sarkem lo agarró por las piernas.

—Debemos darnos prisa —dijo Sarkem —el viejo volverá pronto en sí. ¿Crees que podrás quitarle también su Signo?

—Desde luego. La operación no resulta nada peligrosa.

Alice escrutó el rostro del anciano. Tal como había supuesto, era muy flaco. El Signo de su frente parecía más grande que el que Sarkem llevaba sujeto con pegamento, tal vez debido a la delgadez de la cara.

Por indicación de Cooper, entraron en un ascensor. Depositaron el viejo en el suelo y ella dijo:

—Saldremos directamente al puente de mando.

La cabina se detuvo y la puerta se deslizó hacia un lado. Alice iba a poner un pie fuera cuando una mano de Sarkem se lo impidió agarrándola por el hombro.

—¿Qué demonios…? —empezó ella a decir.

Se calló y ya era demasiado tarde. El puente de mando de los mirgos no era muy grande, apenas llegaba a medir unos diez metros de diámetro. Pero en el fondo, delante del panel principal, una figura brillante y de casi la estatura de un hombre normal osciló y vibró. Alice no había visto un Amo, pero la descripción que le hizo Sarkem de éstos fue muy precisa y supo en seguida que allí había uno.

El Amo tenía el aspecto de una ameba bípeda de piernas muy cortas. Su cabeza terminaba en forma cónica y en su interior parecían flotar dos pares de ojos de color sangre.

Del centro de su cuerpo surgían filamentos que usaba como miembros prensiles. Al ver a los humanos se ocultaron todos con la velocidad del rayo y unos segundos más tarde apareció uno solo, grueso y armado con un arma.

Alice estaba todavía bastante sorprendida y seguía con un pie dentro

del ascensor y el otro fuera, sin saber cómo reaccionar. Sarkem la empujo y disparó contra el whutooe.

Desde el suelo, Alice vio que el láser del hombre producía un corte limpio debajo de los cuatro ojos del Amo, quien se convulsionó y soltó el arma al transformarse su tosca mano en una zarpa.

El Amo tambaleándose como un borracho, se dirigió a los humanos. Un nuevo disparo de Sarkem lo cortó por la mitad.

El comandante corrió hacia el ser dividido en dos y desde muy cerca efectuó más disparos y fue reventando los ojos que flotaban dentro de la pirámide gelatinosa.

Alice se acercó. El Amo ya era dos masas que palidecían rápidamente, perdiendo su brillo.

—Sólo se puede acabar con ellos destruyendo esos pequeños globos. Son su cerebro.

Debemos apresurarnos, Alice. En estos momentos el Supremo sabe que pretendemos escapar.

—¿Cómo?

Sarkem la miró asombrado.

—¿No te he explicado que los Amos y el Supremo están en contacto constante? Sus mentes forman una sola.

CAPITULO VI

—¿Cuánto tardarás en poner este trasto en marcha? —preguntó Sarkem impaciente.

—Este trasto, como lo llamas, es más seguro que cualquiera de los viejos cruceros que están en el astropuerto —masculló Alice enfrascada con los mandos—. Espero que cuando cierre la esclusa los soldados que vigilan tendrán la buena ocurrencia para ellos de alejarse lo bastante para no ser dañados por la partida.

—Podría echarte una mano si supiera cómo funciona esto —dijo Sarkem con mal hu-mor, furioso por sentirse impotente.

—Echa un vistazo al pasillo central. Los sensores delatan la presencia de movimientos.

Me temo que hay más de un ser viviente a bordo.

Sarkem se volteó para mirar los dos trozos del Amo. Por segundos los restos de whutooe se iban empequeñeciendo, volviéndose más negros. Incluso empezaban a oler mal.

Antes de salir del puente, el comandante aseguró:

—Tan pronto como estemos en el espacio arrojaré esta carroña al incinerador.

Cruzó la puerta y se dirigió al ascensor. Apenas éste le condujo hasta el corredor, Sarkem echó mano a su arma. En aquel momento la esclusa se estaba cerrando, pero dentro había dos de los centinelas, ahora con las armas amartilladas, y un Amo al frente de ellos. El whutooe dejó de avanzar deslizándose sobre sus cientos de zarcillos y un miembro muy largo señaló a Sarkem, advirtiendo a los soldados con una voz gutural, producto de un convertidor fonético:

—¡Destruid al renegado! ¡Ha matado un Amo! Aquella situación resultaba insólita para los soldados. Los dos titubearon más de la cuenta. Sarkem salió de su turbación y antes

de apretar el gatillo se quitó el Signo pegado en su frente y lo arrojó delante del ser de Whutoo, con todo el desprecio que fue capaz de adoptar. Después, disparó.

Lo hizo contra el Amo, contra la cónica cabeza. Dentro de ésta estallaron las pequeñas bolas rojas. Los soldados no llegaron a poner en funcionamiento sus armas. Miraron ató-nitos al ser que suponían un dios.

Esta pausa sirvió a Sarkem para manipular en su arma y transformarla. De mortal pasó

a anestésica y sendos disparos tumbaron a los dos soldados, que cayeron junto al Amo, quien seguía agitándose convulsivamente en su agonía.

En el fondo del pasillo la compuerta cerró la esclusa produciendo un sonido metálico y ronco que despertó cien ecos en toda la nave.

El despegue fue violento y Sarkem rodó por el suelo. Su cabeza se golpeó contra una pared de metal y permaneció semiconsciente

durante un rato que no pudo calcular.

Cuando se recobró un poco descubrió a Alice Cooper a su lado, sonriéndole. Ella dijo:

—Estamos lejos de Whutoo. Dentro de unas horas entraremos en el hiperespacio. Por desgracia, este navío mirgo no dispone del dispositivo de penetración instantánea como las unidades de exploración del Orden Estelar.

Sarkem se incorporó. Le dolía la cabeza y se acarició el lugar donde había recibido el golpe. Miró un poco furioso a Alice y también algo confundido.

—¿Me dirás algún día de dónde vienes y qué es el Orden Estelar?

Ella soltó una carcajada.

—Desde luego, cuando terminemos con el trabajo que tenemos pendiente.

—¿Qué trabajo? ¿Esta nave no será capaz de llevarnos ella sola hasta donde tú deseas llevarme?

—Sí, pero no olvides que debemos limpiar de carroña la nave, encerrar a los soldados que has dejado inconscientes y cuidar de tu almirante. El pobre viejo necesita que le libe-remos enseguida de su Signo. Sin él podrá entendernos mejor.

De pronto, Alice frunció el ceño. Preguntó muy preocupada:

—¿Sabes si los Amos pueden detonar los Signos de los soldados y del almirante desde tanta distancia como ahora nos separa de Whutoo?

—No estoy seguro —respondió Sarkem, también preocupado. Miró a los humanos tumbados junto a la masa que se iba corrompiendo del Whutoo—. Pero dudo que los ani-quilen ahora. Han tenido tiempo para hacerlo.

—Magnífico entonces. Ayúdame a llevarlos a un quirófano que hay cerca del puente.

Allí podré quitarles a todos sus respectivos Signos con más seguridad que contigo.

—¿Quieres decir que corrí peligro?

—Confieso que un poco. ¿Preocupado?

—Debí estarlo cuando pusiste tus manos en mí, no ahora.

* * *

Alice se volvió al oír entrar a Sarkem.

Frente a ella estaba sentado el almirante, un hombre de tez morena y delgada. Al ver al comandante alzó una ceja y enrojeció levemente. Con voz gutural, el viejo dijo:

—Me siento como desnudo—. Se palpó la frente en donde una serie de puntitos rojos era la única señal dejada por el Signo.

—A mí también me ocurría al principio, señor —dijo Sarkem. No sabía si saludar o no.

La situación se le antojaba un poco extraña.

—La capitana Alice iba a contarme todo.

—Me marcharé enseguida. Venía a avisar que los dos soldados están bien. He podido calmarlos un poco y al fin se han decidido a aceptar alimentos.

—Puedes quedarte, Sarkem —dijo Alice.

—Es cierto, comandante —el viejo elevó la comisura de sus labios queriendo formar una sonrisa, intento en el que fracasó—. Es obvio que ya no soy su superior.

—Lo que va a contarle Cooper ya lo conozco yo, señor. Si me disculpa... Tengo trabajo.

Cuando Sarkem se hubo marchado, el almirante soltó un gruñido y afirmó:

—No tiene nada que hacer, estoy seguro. ¿Qué le pasa?

Alice echó café caliente en las tazas y empujó una sobre la mesa hacia Marlowe.

—Está lleno de desconcierto. No tanto como los soldados, pero demasiado, a veces, para él.

—Yo intenté en más de una ocasión despertarle la duda. No sé si lo conseguí.

—Lo logró, señor —sonrió Alice—. La compañera de Sarkem, una mujer llamada Khatina, también participó de las dudas que embargaban entonces al comandante.

—Ah, Khatina. Me enteré que murió cuando se asaltó esta nave. Era una chica magní-fica. Creo que ambos estaban enamorados, pero no sabían cómo calificar sus senti-mientos. Mientras podían vivían juntos, excepto cuando los Amos ordenaban que cada uno se uniese sexualmente con otro, según extraños criterios. Mi padre me contó que antes los humanos formaban familias y...

—Creí que entre la comunidad humana que habita en Whutoo nadie sabe quiénes son sus padres.

—Así es. Pero mi progenitor se las arregló para saber cuál era su hijo —el viejo se pasó la mano por la cara—. Yo lo intenté también, pero fracasé. Jamás supe quiénes eran mis hijos. Creo que debo tener varios por ahí.

Alice le miró. Marlowe no parecía muy preocupado ante su ignorancia. Simplemente, parecía lamentar no haber conseguido lo mismo que el hombre que conocía como su padre.

—También el padre de mi padre se conocieron —dijo el viejo después de beber un sorbo de café—. Era una tradición que se rompió conmigo debido a mi torpeza, lo admito.

Por eso, Cooper, sé muchas cosas. Es un legado verbal que no podía transmitir a ningún hijo mío, en secreto. Quizás por ese motivo siempre intenté rodearme de mis oficiales y en las noches, cuando jugábamos al ajedrez, les insinuaba cosas. Con algunos era imposible mantener una conversación en la que yo, intencionadamente, ofendía a los Amos.

Con Sarkem fue distinto. No se asustó y siempre pude leer en sus ojos que él asimilaba mis palabras mejor que nadie. A veces pensé que podía ser mí hijo. Admito que me habría gustado.

—¿Por qué no?

—No lo es porque él nació en una región muy al norte, más allá del recinto. Todos mis apareamientos tuvieron lugar en la aldea cercana a los cuarteles. Ahora dejemos esto y hábleme usted de esos humanos que no llevan el Signo y no obedecen a ningún Amo.

—Bien, siempre hay un humano a quien obedecer —bromeó Alice—. Es algo que nunca dejará de ocurrir.

—No es lo mismo que inclinar la cabeza ante un Amo, ante un ser de aspecto tan distinto a uno.

—Tiene razón, almirante.

—No me llame así, Cooper. Ahora no soy almirante. ¿Cómo entró usted en contacto con los mirgos?

—En realidad fueron ellos, los mirgos, quienes contactaron con otros compañeros míos. Ellos estaban cansados del dominio de los Amos, de la presencia intermitente de las naves de los humanos al servicio de éstos. Los mirgos construyeron en secreto media docena de naves con impulsión superlumínica y las lanzaron al espacio sin que la vigilancia de los cruceros pudieran captarlos.

»Durante mucho tiempo vagaron por el espacio. Su intención era encontrar un mundo parecido al suyo al que emigrar algún día. Visitaron varios pero ninguno les parecía lo bastante bueno. Cuando menos lo esperaban se encontraron con una Unex del Orden Estelar.

—¿Por qué no me dice antes qué es el Orden y la Unex?

—Procedemos de la raza humana que al parecer tuvo su origen en un planeta llamado Tierra, en el Sistema Sol. Es una raza algo antigua que después de muchas vicisitudes, ha logrado una estabilidad social y política las últimas décadas de las que no podemos por menos que sentirnos orgullosos. Hace algunos siglos existió un imperio que acabó

corrupto y decadente. Después de un período de anarquía y retroceso, el Orden Estelar comenzó a reagrupar los mundos dispersos y a formar una organización eficaz. Las Unex o Unidades Exploradoras son grandes navíos que recorren la galaxia en busca de planetas que hace siglos formaron parte del imperio.

—¿Con qué fin?

—En muchos de esos planetas sus habitantes incluso han olvidado que una vez existió

el Gran Imperio. Cuando quieren nosotros les ofrecemos nuestra ayuda, desinteresada.

Marlowe miró a Alice de una forma que ella lo interpretó como que no daba crédito total a sus palabras. Pero el viejo no lo expresó verbalmente. Se tragó sus recelos.

—Al principio —siguió ella viendo que el otro permanecía encerrado en su mutismo —los mirgos pensaron que se había topado con una nave humana de los Amos. Cuando se convencieron que aquellos hombres y mujeres eran libres, sus frentes estaban limpias y dueños de sus decisiones, casi no podían ocultar su alegría. Me contaron que hasta llora-ron de emoción.

—No puedo imaginarme a un mirgo llorando.

—Yo no estaba presente. Me encontraba en un caza explorando una serie de asteroi-des. Cuando regresé, mi comandante, Damián Gravina, me ordenó que marchase a Mirgo a bordo de la nave recién aparecida. Debía estudiar la situación y esperar la llegada de la Unex.

—¿Por qué no viajó también tu nave?

—Teníamos que terminar una misión muy importante en aquel sector galáctico. Yo iba como embajadora, con instrucciones precisas de mantenerme oculta si en las ciudades mirgas había unidades humanas al servicio de los Amos. Sólo debía tomar nota para confeccionar un extenso relato que sirviera a mi jefe para tomar decisiones más tarde. El resto ya sabes cuál es: El crucero de Sarkem nos encontró cuando hicimos un alto para salir del hiperespacio y rectificar la ruta. La nave, ésta, es bastante buena, pero los mirgos no querían correr el riesgo de perderse y por eso tenían que efectuar ciertas paradas técnicas.

—Un alto en el camino que les resultó fatal —dijo Marlowe.

El rostro de Alice se ensombreció.

—Lo sé. El jefe de la nave, de nombre Ytanka, cayó prisionero junto con otros. Sarkem me contó que tendrá un fin muy doloroso a manos de un tipo llamado Farlon.

—Farlon —repitió el anciano—. Es una mala bestia. Sarkem lo mantuvo siempre en el escalafón más bajo, pero me temo que ahora, sin las trabas que él ponía logrará sus am-biciones en poco tiempo. Sobre todo si consigue sacar a los prisioneros mirgos lo que saben. Cooper, ¿cómo es posible que los mirgos ya sabían en su mundo que iban a recibir ayuda vuestra?

—Otras naves regresaron a Mirlo antes que la de Ytanka. Ellas debieron dar la noticia.

—Por eso los mirgos se mostraron tan envalentonados, hasta el extremo de enfrentarse a las guarniciones humanas.

—Cometimos el error de no darles severas instrucciones cuando partieron. Si hablan habremos perdido la ventaja de la sorpresa. Los Amos sabrán pronto que humanos distintos a los que les sirven se acercan rápidamente.

—¿Es cierto que vosotros lucharéis junto a los mirgos contra el Supremo y sus Amos?

—Eso todavía no lo puedo asegurar, Marlowe. Tenemos nuestra ética...

—¿Preferís la desaparición de una raza no humana antes que enfrentaros a los humanos de Whutoo?

—No he querido decir eso.

—Son bastantes los mundos que dominan los Amos gracias a la fidelidad de muchos miles de guerreros humanos. No todos somos como, por ejemplo, Sarkem y yo. Existen muchos fanáticos, gentes en la milicia peores que Farlon.

—Me refiero que debemos actuar de manera que sean mínimas las bajas entre la gente de tu pueblo, Marlowe. En su mayoría son inocentes.

—Es posible. Yo diría que casi todos. Hemos nacido en una comunidad dominada por los Amos. Carecemos de historia, de tradiciones y leyes que nos rijan. Son las leyes del Supremo las que nos hacen actuar de una manera y otra. Somos un pueblo sin pasado.

—Pero lo tenéis.

—¿De veras? El Supremo, a través de sus acólitos, los Amos, asegura que sólo vivi-mos gracias a su magnanimidad. Todos los seres de los mundos que sometemos son distintos a nosotros. Los whutooes aseguran que nos sacaron algo peor que la muerte, nos devolvieron a la vida y por eso nosotros, nuestros antepasados y nuestros descendientes jamás pagaremos lo mucho que les debemos.

Alice esbozó una sonrisa triste.

—Una demagógica interpretación de lo que realmente sucedió.

Impaciente, Marlowe apretó una de las manos de la mujer y le imploró:

—Por tu dios, mujer, dime de dónde venimos y por qué los Amos nos obligaron a matar en su nombre.

Ella le acarició los dedos arrugados y con suavidad, respondió:

—Te lo diré todo. Sarkem conoce lo que te he relatado, pero aún no me he atrevido a decirle cómo habéis legado a ser mercenarios de esos monstruos.

CAPITULO VII

Alice se encontraba medio adormilada en el puente de mando. A veces se había despertado y su imaginación le hizo creer que todavía persistía allí el olor a putrefacción de los Amos muertos por Sarkem.

Cuando la mano áspera se apoyó sobre su hombro estuvo a punto de dejarse llevar por los reflejos y atacar al que pensó en un primer instante que podía ser un enemigo.

Afortunadamente para Sarkem, ella miró primero y se libró de recibir un golpe que podía ser mortal.

La mujer resopló aliviada y le recriminó:

—Me estaba durmiendo y empezaba a tener una pesadilla plagada de Amos. Casi te golpeo, Sarkem. El se sentó a su lado, en el otro sillón.

—¿Qué tal están los soldados y el almirante?

—Los hombres están acostumbrándose a pensar por sí mismos. Son casi novatos y jamás salieron al espacio. Será duro para ellos.

—Contamos con medios en la Unex para grabarles en sus mentes todos los conocimientos que carecen.

Sarkem la miró irritado.

—También emplearéis ese método conmigo.

Alice notó que él estaba en guardia, muy tenso. Se preguntó qué le pasaba.

—Dentro de muy poco nos encontraremos con la Unex —dijo ella—. El comandante Gravina ha debido terminar la misión y ahora estará saliendo del hiperespacio para tomar posición a unos mil millones de kilómetros del planeta Mirgo —señaló el instrumental de panel—. Nuestros técnicos añadieron a esta nave la maquinaria precisa para no desviar-nos un solo milímetro del punto de reunión.

—No has respondido a mi pregunta. Dime, ¿a mí también me trataréis como a un bár-baro?

—¿Por qué dices eso? Marlowe y tú sois inteligentes. Esos dos pobres muchachos son palurdos. ¿No me contaste que cuando los Amos están escasos de tropas de choque hacen leva entre los granjeros que cultivan alimentos para la milicia?

Sarkem se pasó la mano por la cara y apartó ésta llena de sudor.

—Deberías descansar —dijo Alice.

—Estoy bien. Me pasa que no dejo de pensar que para ti soy sólo un salvaje, un ser sin cultura. Estás muy lejos de mí.

Alice apretó los labios. Estaba empezando a intuir adónde quería ir a parar el comandante.

Dejó de mirarle unos segundos para comprobar que las líneas de seguimiento de la nave seguían en la posición correcta, y cuando volvió se tropezó con los labios de Sarkem que buscaban frenéticamente los suyos.

Ni quiso responder con sequedad y al principió se dejó besar. No le importó. Incluso podía seguir, dejarse conducir por la pasión que ya sabía con certeza había despertado en aquel hombre rudo y

atormentado por los pensamientos encontrados, surgidos de su nueva y violenta situación de libertad mental.

Ella no podría conjeturar qué habría pasado a continuación. Las manos nerviosas de Sarkem estaban desabrochándole la guerrera cuando sonó sobre sus cabezas el aviso del detector de proa.

Como castigado por una descarga eléctrica Sarkem se apartó de la mujer y miró a todos lados, buscando el motivo del sonido estridente.

Ella se apresuró a explicar:

—Significa que nos estamos aproximando a la Unex. Por el momento ha terminado nuestro viaje.

Sin decir nada, Sarkem salió con violencia del puente. Ella creyó verle una profunda expresión de humillación en el rostro.

Hubiera ido tras él de no ser imprescindible que atendiera a los mandos.

Minutos más tarde, cuando Marlowe llegó, en una de las pantallas ya estaba reflejada la imagen de Unidad Exploradora.

Ante su visión, el anciano soltó una exclamación y dijo:

—Por el Supremo. ¡Es enorme!

Desde su asiento, Alice se sonrió. Debía pasar algún tiempo antes de que el subconsciente del viejo soldado dejase de obligarle a jurar por los dioses que ya había renegado.

* * *

El comandante en jefe de la Unex Galehta era un hombre alto y fuerte, de piel muy do-rada que hacía aparecer su cabello rubio casi albino. Se paseaba nervioso por el despacho, con las manos en las espaldas. A un lado, Alice Cooper permanecía de pie, sin mover un solo músculo de sus facciones, aunque siguiendo con los ojos las zancadas de su superior.

—Ese condenado computador está demorándose demasiado —gruñó Damián Gravina—. ¿Qué está ocurriendo? Siempre dije que no podía confiar en semejantes chismes que el demonio confunda.

Alice aprovechó que su jefe le daba sus anchas espaldas para soltar

una sonrisa. Llevaba un año destinada en el Galehta y creía conocer un poco al veterano comandante.

Siempre despotricaba de las máquinas demasiado sofisticadas. En realidad la respuesta del computador de datos no se retrasaba. Si llevaban esperando más tiempo del debido podía ser porque el técnico encargado de formular la pregunta encontraba ciertas dificultades en localizar el banco adecuado.

—Hay que tener en cuenta que los datos requeridos deben ser antiguos, señor —se atrevió a decir Alice—. Hasta es posible que no estén almacenados.

El comandante se detuvo bruscamente y la miró.

—¿Insinúa que ese desastre sucedió en los comienzos del Orden?

—Tal vez. Yo...

No siguió hablando. Del enlace del banco de datos se elevó una sintonía y a continuación surgió de una ranura un trozo de papel metalizado, que fue extendiéndose hasta alcanzar una longitud de casi medio metro. Gravina lo arrancó y empezó a leer.

Alice tuvo que sofocar su impaciencia mientras el otro se enfrascaba en la lectura a lo largo de varios minutos. Al cabo de éstos, Gravina se desplomó en su sillón, miró a la capitana y dijo casi en un hilo de voz:

—Existían datos, Cooper. Muy viejos, por cierto. Estaban en lo más profundo de los bancos, un poco mal programados.

—Vamos, señor, dígame de una vez si mis deducciones eran o no equivocadas.

—No del todo, debo reconocer. Hace casi doscientos años, una primitiva Unex se perdió por estos parajes. Nunca supimos de ella. Por aquellos tiempos se utilizaba la hiber-nación para los viajes largos, ya que a veces la travesía por el hiperespacio sufría un fallo y la nave navegaba meses y meses en toda normalidad.

—Voy entendiendo, señor —asintió Alice.

Gravita adelantó la barbilla. Volvió a decirse que había algo en

aquella capitana recién ascendida que le aturdía y llenaba de turbación. Era como enfrentarse a una persona que algo en su interior le estaba gritando: «Ella llegará mucho más lejos que tú; será alguien mientras tú te quedarás estancado. Ella, en definitiva, es más inteligente; pero lo disimula de forma magistral. Le gusta, en definitiva, ser humilde mientras espera su oportunidad de elevarse por encima de los demás. »

—La nave con su cargamento de tripulantes y soldados, exploradores y técnicos, en total más de tres mil, sufrió la avería que tanto se temía y todos tuvieron que hibernarse en espera de que el sistema automático de reparación acabase su trabajo y pudiera pro-seguir el periplo establecido, sumergiéndose de nuevo en el hiperespacio.

»Pero antes de que esto ocurriese, la nave captó un planeta con condiciones terrá-queas y su piloto automático decidió descender. Así llegó a Whutoo.

»Y se encontraron con las medusas, los Amos. Ellos debieron apoderarse de la volun-tad de todos nuestros viejos compañeros y los esclavizaron. Es todo cuanto pudo decir el archivo. Lo demás será completado por estudios.

—Yo podría decir que lo siguiente fue como sigue: los whutooes abordaron la nave.

Debió ocurrir algo más. Falló también el dispositivo que debía despertar a los pasajeros.

Los Amos estudiaron la avería y la repararon, pero antes pusieron los Signos en todos los hibernados, dominando sus mentes. Borraron los recuerdos y les inculcaron la creencia de que gracias a los seres gelatinosos, ellos vivían. Quizá también los asustaron utilizan-do el dispositivo destructor de las placas de metal, asesinando a varios como ejemplo.

—Es una hipótesis tan válida como otra cualquiera... por el momento —gruñó el comandante Gravina—. ¿Algo más?

Un poco entusiasmada y espoleada por sus pensamientos, Alice prosiguió:

—Los Amos mantenían relaciones comerciales con varios mundos próximos al suyo.

Pero eran incapaces de llevar a cabo por alguna causa, sus

pretensiones de dominio absoluto sobre sus vecinos, con los cuales las transacciones no debían sentir algo humilla-dos y decidieron utilizar el potencial bélico de los humanos recién llegados, una raza diferente a todas las que conocían, expertos en la guerra, fáciles de procrear y fuertes, infati-gables.

—¿Qué necesitan los Amos para...? No sé cómo explicarlo,

—Ha puesto el dedo en la llaga, comandante. Algo debe haber. Sí. Los Amos no se sentían satisfechos con el estado de paz que mantenían con sus vecinos. ¿Qué era?

Creo que ni siquiera el almirante o Sarkem podrían decirlo. Todas las razas son huma-A. Thorkent

noides. Los Amos, en cambio, son metabólicamente distintos. Ellos se nutrían de un complejo de inferioridad cada vez mayor.

—Hay algo que no encaja. Sólo llegó una nave a Whutoo, ¿no? En cambio usted afirma que vio a más de cincuenta, aunque muy viejas, en el astropuerto. Y deben haber más en otros puntos del planeta o viajando en estos momentos por el espacio, controlan-do las colonias o en combate. ¿Cómo las lograron si los Amos no son, ni nunca lo fueron capaces de construirlas, así como las armas ofensivas y defensivas?

—Creo que la primera generación de humanos sometidos fueron capaces de construirlas. Cuando murieron y les sucedieron sus hijos, el arte, los conocimientos, se acabaron con ellos. No se fabricaron más. Ahora sólo son los actuales mercenarios, los encargados de conservarlas, más o menos en estado de eficacia. Los Amos han de estar preocupados por esto, ya que deben saber que dentro de pocos años no tendrán cruceros con los que seguir aplastando los focos de rebelión en sus colonias.

—Es posible que tenga razón en casi todo, capitana. Mi pregunta es: ¿Qué podemos hacer?

—Estamos demasiado lejos de la Tierra, señor —dijo Alice con pesar —. Podríamos intentar pedir instrucciones vía láser...

—¿Usted me sugiere eso? —preguntó el comandante con sorna, recordando que Alice se había ganado más de una amonestación debido a sus impulsivas iniciativas.

—Podría aconsejárselo, señor, pero yo...

—Siga.

—Yo actuaría desde ahora mismo.

—Debo convocar una reunión de oficiales y escuchar todos los criterios. Sin embargo, me gustaría conocer ahora su parecer, Cooper.

—Es muy fácil, señor. En un día podemos llegar a Mirgo. Sería una buena cabeza de puente para actuar en Whutoo.

— Me sabría mal actuar contra unos hombres y mujeres que descienden de los que fueron compañeros de nuestros abuelos.

—Señor, no olvide también que los mercenarios forzosos de los Amos siguen vistiendo un uniforme que se parece mucho al nuestro. Es algo que han conservado pese al tiempo transcurrido. Creo que algo del pasado ha debido transmitirse de padres a hijos, algo que ni siquiera el poder metal y su control total han podido desterrar los Amos y su misterioso ser al que llaman el Supremo.

—Marlowe siempre lo conoció. No puede aclararnos nada.

El comandante soltó un gruñido y dijo a guisa de despedida:

—Dispóngalo todo para una reunión de oficiales dentro de media hora. Mientras tanto iré a cumplimentar al almirante Marlowe. Quiero charlar un rato con él.

—Sí, señor —dijo Alice, saludando antes de salir del despacho privado del jefe de la Unex Galehta.

CAPITULO VIII

El comandante Sarkem llevaba dos días a bordo de la Unex Galehta y seguía vivamente impresionado por cuanto había visto. Su asombro comenzó cuando la gigantesca nave del Orden Estelar fue mostrada en una de las pantallas del vehículo mirgo. Entonces pudo percatarse de su enorme tamaño. Era esférica y el navío donde ellos habían escapado de Whutoo parecía un insecto a su lado. Fácilmente fue alojado en un hangar de la Unidad, junto a cruceros de combate que se le antojaron de diseño parecido a los suyos propios. Pero existía la gran diferencia de que éstos no ofrecían el ajado aspecto de los pertenecientes a la flota de los Amos.

Ahora, después de haber finalizado la entrevista en la que asistieron muchos oficiales del Orden, presidida por el comandante Gravina, y en la que fueron cortésmente interro-

gados él y el almirante Marlowe, aguardaba en la antesala, lleno de impaciencia la decisión que llevaban discutiendo en privado los mandos de la Galehta.

A poca distancia de él, sentado como encogido en una silla, el viejo Marlowe se restre-gaba las manos nerviosamente. Con cierta reserva, Sarkem se acercó a su superior, tosió

para llamar su atención y dijo cuando la cabeza del viejo se alzó:

—Señor, ¿qué piensa usted que harán los terrestres?

Marlowe exhaló un suspiro lleno de amargura y respondió:

—No lo sé con certeza, pero tal vez, debido a sus leyes no se marcharán sin intervenir.

Pueden hacerlo. Disponen de la fuerza necesaria para abatir a toda una flota tripulada por los humanos que disponen los Amos. Podrían bombardear Whutoo y dejar ese planeta tan liso como la palma de mi mano.

—Si les resultaría tan fácil, ¿por qué discuten? Llevan encerrados demasiado tiempo.

—Son complicados, comandante. Están atados por ciertos compromisos. Pero, sobre todo, no quieren dañar a los humanos al servicio de los Amos. Saben que nuestros compañeros son inocentes. Son muchos miles los que viven esclavizados en Whutoo.

—Pero tienen un pacto con Mirgo, ¿no?

—Sí. Los mirgos no dijeron, al parecer, toda la verdad. Omitieron, por olvido y o adre-de, que la mano ejecutora de los Amos son un puñado de humanos.

Sarkem se inclinó sobre el anciano y le preguntó con ansiedad:

—¿Qué piensa usted después de saber que nuestros antepasados y nosotros hemos sido utilizados por esos monstruos? Señor, la realidad es pasmosa. ¡Somos iguales que estos hombres que se pasean

orgullosos por la galaxia, sin otro afán que liberar los viejos mundos que pertenecieron al Gran Imperio! ¿Cómo ha sido posible que hayamos caído tan bajo, hasta el grado de considerarnos superiores a las otras razas por servir a los Amos?

El viejo le miró con ojos acuosos.

—Puedo imaginarme cómo te sientes, Sarkem. Mis dudas han sido superadas por la realidad. Ni siquiera pude soñar que la verdad fuera esta que nos ha sido revelada, demasiado pasmosa. Tú te consideras todavía como un salvaje al lado de esta gente, ¿no?

El comandante se envaró.

—Sí, lo admito —dijo—. Miraba al principio a la prisionera con superioridad. Ahora ella está muy por encima de mí.

—Y eso te duele. La quieres, ¿no?

—Ella jamás podría soportar mi contacto. Cuando era mi protegida en mi habitáculo debía fingir. Sin duda hacía un gran esfuerzo para no demostrarme el asco que sentía por mí.

—Te subestimas.

—Soy consciente de...

Sarkem calló. El viejo miraba la puerta custodiada por un soldado del Orden, de reluciente uniforme negro y plata. Se había abierto y Alice Cooper se dirigía hacia ellos.

—La reunión ha concluido, amigos —dijo ella sonriente.

El almirante se levantó y Sarkem creyó verlo más encorvado que nunca. Pensó que no debió sacarlo por la fuerza de Whutoo; dejarlo en los cuarteles habría sido más piadoso para el veterano militar. ¿Quién estaría ocupando ahora su puesto, dispuesto a obedecer ciegamente las órdenes de los Amos.

Qué ha decidido el comandante Gravina —inquirió Marlowe en un hilo de la voz.

—Pasar a la acción —respondió Alice. Miró alternativamente a los dos hombres y su sonrisa disminuyó un poco ante la gravedad de los dos rostros.

—Se ha decidido un plan, el más consecuente. Si tenemos éxito al

llevarlo a la práctica apenas se producirán bajas entre los humanos al servicio del Supremo.

—¿Podrías explicarlo?

—Es lo que me ha pedido el comandante Gravina. Contamos con tu participación, Sarkem.

* * *

Mientras caminaba por la estrecha calle enfangada, Sarkem se decía que los miembros del Orden, de una forma u otra, habían obtenido mucha información de Whutoo, y la explicación, la única que encontraba, era que mientras él, el almirante y los dos soldados dormían, algún sofisticado mecanismo les había interrogado a fondo y conseguido un banco de datos muy importante.

Alice, que vestía ropas de mujer de la aldea próxima a los cuarteles, casi sin querer se lo había dado ha entender al referirse en varias ocasiones a las costumbres del pueblo humano de Whutoo, mencionando hechos que Sarkem tenía olvidados o muy escondidos en su subconsciente.

Era de noche y las lunas de Whutoo, satélites sin nombre, proporcionaban una tenue luz a las largas y cenagosas calles de la aldea. Sarkem llevaba a Alice tomada del brazo, como si fuera su compañera temporal de cama. Entre los militares era costumbre, cuando se les asignaba oficialmente una concubina, buscarla entre las ignorantes mujeres de la aldea.

Se debía suponer que él, un jefe, disfrutaba de un pequeño permiso y aquel día por la noche pensaba divertirse un poco con una hembra elegida, emborracharse con ella si había licor en la taberna y luego acostarse ambos a dormir la embriaguez o hacer el amor con poco o mucho entusiasmo.

Se cruzaban con poca gente por las calles. De vez en cuando salía un labriego de algún portal, descubría el uniforme de Sarkem y se apresuraba a quitarse de en medio.

—¿Por qué huyen ante tu presencia? —preguntó Alice.

Sarkem la apretó más contra su cuerpo. Le gustaba caminar al lado de la mujer, aunque ella estuviera fingiendo sumisión a él, al hombre de superior categoría que se había fijado en su cuerpo para poseerlo por una noche.

El comandante se dijo que si era cierto que su mente había sido barrida, algunas cosas seguían siendo desconocidas para Alice.

—A causa de una mezcla de pudor y vergüenza —respondió—. Cuando ven a un oficial de la milicia con una mujer no quieren pararse a ver quién es ella. Podría tratarse de su compañera temporal, y al no poder hacer nada para impedir que se fuese con un militar, optan por esconderse.

Ella no respondió, pero Sarkem captó en Alice una mueca de desprecio, pesar ante la situación humillante a que se veían sometidos los habitantes de la aldea, quienes además de someterse a los Amos debían hacerlo a los humanos privilegiados.

—¿Está muy lejos? —preguntó de nuevo Alice, mirando a un lado y otro de las callejuelas.

—No, cerca. ¿Por qué no empezamos la operación en los cuarteles?

—Porque allí deben saber que tú escapaste robando la nave de los mirgos. Te reconocerían enseguida, ¿no es cierto?

—Sí, claro. He sido un torpe al no haberlo pensado.

Se detuvieron en la siguiente calle. En el centro de ella, en medio de una laguna de agua pestilente, se alzaba un montón de basura. Sarkem señaló una puerta cerrada, casi desvencijada:

—Es allí. Se llama Gustaw.

—¿Será el idóneo para convertirlo en el primero?

—Desde luego —respondió Sarkem resueltamente, dirigiéndose hacia la puerta y golpeándola con el puño.

Alice se apartó un poco. A veces el hombre le había estado apretando demasiado, pero no quiso advertirle de nada para no ponerlo más nervioso. Había notado al comandante bastante indeciso desde que

abandonaron la pequeña nave que les había dejado a una distancia prudencial de los cuarteles, que rodearon para llegar hasta la aldea. Mientras esperaba que la puerta se abriese, Alice volvió la cabeza y contempló el recinto lleno de luz de los Amos.

Tuvo que dejar de admirar la cascada de luz que era el recinto. La puerta se había abierto y bajo el dintel estaba un hombre que miraba a los dos visitantes con evidentes recelo en sus ojos silueteados por arrugas.

De pronto reconoció al militar y soltó un quejido, añadiendo a continuación:

—¡Comandante Sarkem!

Sarkem lo empujó al interior de la casa. Alice le siguió. Estaba en una habitación pequeña. Una luz química la iluminaba parcamente y les permitía ver que allí había una mesa, cuatro sillas, una cama casi a ras del suelo, un fogón y otros muebles humildes. Existía dentro un olor a rancio que obligó a Alice a arrugar la nariz.

Ella cerró la puerta y el hombre pequeño, seguramente Gustaw, cambió su expresión de asombro por la de miedo.

—Tranquilízate, Gustaw —le dijo Sarkem—. Estamos ateridos de frío. ¿No tienes café?

Gustaw señaló el fogón donde hervía una cafetera.

—Creo... creo que habrá para todos —miró con recelo a la mujer—. ¿Quién es?

—Es de confianza.

Se sentaron alrededor de la mesa y Gustaw sirvió el café, repartiéndolo en tres vasos de latón. Alice sólo lo olió y simuló beber un poco. Sabía que su estómago se revolvería si llegaba a tragar aquel brebaje. Dejó que Sarkem hablase, y éste dijo sin más preám-bulo:

—He venido a verte porque siempre confié en ti, viejo amigo.

A Gustaw se le empañaron los ojos y Alice temió que aquel hombre, de edad madura, se echase a llorar.

Como si estuviera obligado a ello, Sarkem explicó a la mujer:

—Gustaw fue mi superior en la primera nave donde embarqué.

—¿Por qué no continuó en el servicio?

El hombre macilento le miró un poco asombrado, como si no pudiera comprender cómo una mujer de la aldea hablase al comandante sin ningún respeto.

—Escuchó demasiado al almirante —siguió Sarkem—. Una vez recibió la orden de acabar con una comunidad humanoide que se negaba a entregar mineral fusionable a los Amos. Rogó a los rebeldes que lo pensaran mejor, éstos lo hicieron y acabaron dando la mercancía; pero los Amos le vigilaban a través de su Signo y se enteraron de todo.

Cuando regresó a Whutoo le castigaron y luego le desposeyeron de su grado y le envia-ron a los campos de cultivo.

—Creí que ante tales casos de desobediencia los infractores eran enviados a las fábricas de abono.

—Aquí hicieron una excepción, porque querían que el ejemplo para los demás jefes no desapareciera. Eso ocurrió hace cinco años y Gustaw acabará enfermando porque le mandan los trabajos más duros. No tardará en ser enviado a la fábrica y...

Gustaw tosió y escupió algo de aquel líquido oscuro que se suponía café. Se limpió

los labios con la mano y dijo a Sarkem:

—Me enteré de que te habías vuelto loco, amigo. Aunque se ha tratado de ocultar a todos, se dice que escapaste a bordo de la nave mirga capturada. Ahora veo que era mentira.

—¿Por qué crees que no ha sido así?

—Otro en tu lugar no habría vuelto, amigo. Te espera una suerte terrible si los Amos te capturan.

—No lo harán.

—Estás muy seguro.

—Gustaw, cuéntanos qué ha pasado estas semanas atrás, desde que Sarkem huyó.

—Tengo un amigo que trabaja como cocinero en los cuarteles y me ha contado que un oficial llamado FarIon ha ascendido como la espuma. Ahora es coronel.

—¿Qué ha hecho para saltar en el escalafón?

—Tal vez haya sido porque hizo que los mirgos soltaran la lengua. No estoy seguro, pero desde entonces los Amos están nerviosos. Se dice que más de diez soldados fueron ejecutados por el poder del Supremo. Explotaron cuando menos la esperaba nadie. También aquí en la aldea, y en otras próximas, han muerto muchas personas. Los pensamientos, amigos, están desbordándose.

Alice se estremeció un poco. Según se había conseguido saber, los Amos no podían captar a cada momento a todos los humanos que eran sus esclavos. Elegían a su capri-cho las mentes que querían leer, y si éstas les parecían peligrosas, de alguna manera detonaban el explosivo del Signo.

—Sarkem, ¿quién es ésta? —preguntó Gustaw muy nervioso, señalando a Alice.

Antes de que Sarkem respondiese, Alice se quitó su falso Signo y lo arrojó sobre la mesa. Gustaw se retiró como si en vez de un trozo de metal se tratase de una serpiente venenosa. Sin dejarle recuperar el resuello, Sarkem hizo lo mismo.

—Amigo Gustaw, pronto tú también estarás libre como nosotros. Debemos darnos prisa, antes de que los Amos escruten tu mente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre empezando a sudar.

—Lo que oyes. Esta mujer no es de este planeta. Viene de muy lejos, donde los hombres como nosotros son libres y no poseen Amos con forma de medusa que les gobier-nen. Están dispuestos a liberarnos, uno detrás de otro. Luego acabarán con los Amos o les dejarán que se pudran en su recinto, sin ninguna ayuda del exterior para que puedan seguir sobreviviendo.

Los dos vieron a Gustaw muy pálido. Alice temió que el pobre aldeano, antiguo oficial, se desplomase a causa del miedo.

—Quienes han intentado quitarse el Signo han muerto en medio de atroces dolores...

—murmuró Gustaw.

—Confía en mi, amigo mío. Dentro de unos minutos nadie podrá aniquilarte a distancia

—le sonrió Sarkem.

Gustaw lo miró primero y luego, durante un instante cruzó sus atemorizados ojos con los de la mujer. Alice le sonrió.

—Está bien —dijo el campesino en un resto de voz—. Haced conmigo lo que queráis.

De todas formas estoy condenado a caminar un día muy próximo hacia la fábrica para que mis restos fertilicen los campos.

—No morirás por ahora, Gustaw. Relájate y tiéndete en la cama —pidió Alice sacando del interior de su túnica una cajita de metal con instrumental de cirugía.

* * *

Alice contemplaba el amanecer en la entrada de la mísera casa de Gustaw. Estaba esperando que los rayos de la estrella de Whutoo hicieran palidecer al fulgor del recinto de los Amos.

Notó un aliento en su nuca. Sin volverse, preguntó:

—¿Cómo está?

—Se encuentra bien. Le he calentado un poco de caldo y hemos charlado un rato.

—Sarkem...

—¿Sí?

—Te noto desalentado.

—Pienso que con este método tardaremos mucho.

—Pero es el más seguro. Cuando todos los humanos estén libres del Signo podrán descender las naves del Orden y embarcar en ellas. Los Amos quedarán asqueados.

—Habrá que tener paciencia...

—La tendremos. Ahora somos tres. Antes de que termine este día que comienza dis-pondremos de más de veinte hombres liberados que nos ayudarán a despojar del Signo a más. En una semana seremos miles, pasaremos a los cuarteles y...

Alice había estado mirando a Sarkem y notó en los ojos de éste un terror infinito. El hombre tenía clavadas las pupilas en un punto situado a las espaldas de la mujer. Ella se volvió y la visión que tenía detrás, en el fondo de la calle, la dejó sin respiración.

Un pelotón cerrado de soldados, con aquellos uniformes negro y plata, parodia de los colores del Orden Estelar, avanzaban hacia ellos, y flotando sobre sus cabezas tocadas por cascos de acero, como demonios flageladores, les guiaban cinco Amos, masas gelatinosas y oscilantes que flotaban a tres metros del suelo.

Alice retrocedió un paso y miró al interior de la casa. Gustaw les encañonaba con un arma. Sonreía de oreja a oreja. Era otro hombre, más terrorífico de lo que pudiera suponer después de haberle conocido medroso y vencido por las humillaciones.

—Mi misión ha terminado. Ahora os entrego a ellos para que el Supremo conozca por ti mujer de las estrellas, cuáles son los enemigos de Whutoo.

Les estuvo apuntando hasta que los soldados y los Amos flotantes estuvieron muy cerca. Después, como acabado su trabajo Gustaw se desplomó y el arma rodó por el suelo.

Acabó girando para quedar boca abierta y pudieron ver su frente, que creyeron libre del Signo, ahora con sólo unas pequeñas cicatrices.

—Debía poseer otra —murmuró Sarkem—. Otro Signo injertado en el interior de su cabeza.

Giró la cabeza para enfrentarse a los soldados. Estaba decidido a todo, excepto a en-tregarse.

CAPITULO IX

Las armas que le habían entregado los terrestres eran muy superiores a las que él conocía. Sarkem sólo tuvo que tensar los músculos y en su mano derecha apareció un cilindro que hasta entonces había estado escondido en el antebrazo. Su índice pulsó el disparador y de una sola

andanada de luz y fuego abatió a la vanguardia de soldados.

Escuchó un grito de Alice y al principio temió que ella estuviera herida. No era así. La mujer había intentado detener su acción. Sarkem la miró estupefacto. ¿Por qué no quería ella que matase a los humanos esclavizados? ¿Acaso no le había contado que lo peor que podía ocurrirles era caer prisioneros del Supremo? Incluso le insinuó, y ella quizá

pensó que se trataba de una broma, que antes que dejarse apresar él se destrozaría la cabeza de una descarga.

Alice se refugió en el quicio de la puerta y desde allí abrió fuego contra los Amos flotantes. Sabía cómo acabarlos y con velocidad relampagueante fue destruyendo los cerebros que danzaban dentro de la cabeza cónica. Pero debajo de los whutooes estaban los soldados y no prestaban atención a los que sucedía sobre ellos. Su orden era la de apresar o destruir a los enemigos del Supremo y volvieron a la carga.

Antes de que hicieran uso de sus armas, Sarkem los barrió a todos. Sintió algo de pesar. Al fin y al cabo comprendía que sólo eran marionetas cuyos hilos movía el ser que moraba en el recinto.

Cuando los últimos Amos cayeron de sus discos flotantes y el último humano superviviente recibía el disparo de Sarkem, Alice gritó a su compañero que debían alejarse de allí cuanto antes.

Escaparon, corrieron por las callejuelas. El pésimo trazado de la aldea fue su mejor aliado, y un magnífico colaborador las sombras que iban difuminándose a medida que ascendía la estrella parda del sistema planetario de Whutoo.

Encontraron en un barrio medio abandonado un corral sin reses y se escondieron en un altillo mugriento, cuyas maderas crujieron bajo su peso.

Calmados, después de recuperar el aliento, Sarkem y Alice se miraron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre.

Ella meneó la cabeza.

—Debimos suponer que los Amos estarían alerta desde que te escapaste —respondió

Alice reponiendo la carga consumida de su pistola—. Sin duda, la pequeña nave que nos ha traído fue detectada. No pudieron localizarla, sin embargo. Pero a partir de entonces redoblaron la vigilancia mental sobre los humanos.

—Ellos no pueden controlar a tantos a la vez.

—Quizá sí pueden, Sarkem. Ahora no podemos seguir con el plan.

—De todas formas no me gustaba. Era excesivamente lento.

Alice miró hacía el exterior a través de una rendija. A lo lejos desfiló una patrulla armada con el ya clásico Amo flotando sobre ella.

—La caza ha comenzado —susurró la capitana Cooper—. Nos será difícil salir de la aldea, rodear los cuarteles y regresar al punto donde descenderá la nave cuando la lla-memos.

—Aunque los Amos no pueden saber el sitio exacto sí deben conocer aproximada-mente dónde descendimos, ¿no es así?

—Eso me temo. Lo tendrán todo muy vigilado. —Alice empezó a esbozar una sonrisa extraña—. Claro que si ellos dedican su atención hacia el sur...

—¿Qué estás pensando?

Alice se arrastró y encontró otro hueco por el que mirar a través de las maderas del cobertizo. Desde allí podía verse el recinto.

—Tiene que haber alguna forma de entrar allí.

—¿Estás delirando? El recinto es impenetrable.

—¿Alguien lo intentó alguna vez?

Aturdido, Sarkem movió negativamente la cabeza. La mujer dedicó varios minutos a estudiar la estructura conocida como «el Recinto». Existía una muralla que no debía tener más de tres metros de altura, calculó. Era de metal. Detrás de ella se levantaban los edificios que relucían en la noche, sin duda recubiertos por alguna sustancia fosforescente.

No podía saber, debido a la distancia si existía alguna puerta, al

menos que mirase al sur.

Se fijó en los campos de cultivo que llegaban hasta poco menos de un centenar de metros de la muralla.

Escuchó ruidos en el exterior y dejó la observación.

—¿Qué es? —preguntó a Sarkem, que ya estaba gateando para averiguar lo que ocurría.

—Tranquilízate. Son los campesinos. Es la hora que comiencen a trabajar en los campos.

Alice aproximó el ojo derecho a la ranura y vio una larga fila de hombres y mujeres que caminaban cansinamente por la calle lateral. Eran muchos, más de cien. Todos llevaban herramientas de labranza y parecían tener poco entusiasmo por el trabajo que debían realizar.

—Van hacia el norte —sonrió Alice al verlos tomar el camino de los campos situados cerca del recinto—. Magnífico.

Sarkem la miró alarmado.

—Sé que estás pensando unirte a ellos para inspeccionar más de cerca el recinto. Debo advertirte que correríamos un gran riesgo.

Alice saltó al suelo lleno de paja reseca y excrementos. Desde allí animó a Sarkem a seguirla y le dijo:

—Me propongo entrar en el recinto, amigo. Si tienes miedo puedes quedarte aquí o intentar volver al punto de reunión, donde te sacará de este planeta la nave. Te daría un mensaje para el comandante Gravina en tal caso.

Sarkem saltó y la miró furioso.

—No tengo miedo a nada. Ya sabes que me mataré si creo que van a cogerme prisionero. Te aconsejo que también lo hagas tú.

—Ya veremos —respondió Alice.

Poco después caminaban al final de la columna de campesinos. Detrás dejaron las patrullas que rastreaban la aldea.

* * *

Sus falsos Signos en la frente, una actitud sumisa, algo de tizne que ensuciase sus rostros y pocas ganas de trabajar, fue todo lo que necesitaron para mezclarse con los labriegos sin despertar sospecha.

Tomaron la misma comida mísera que ellos y bebieron el agua tibia que una vieja repartía de vez en cuando. Alice anotó en su mente que todos eran viejos o muy jóvenes. Si había alguno en edad de servir en la milicia era evidente que poseía una inteligencia muy rudimentaria, casi un retrasado mental. También había más de uno que mostraba cierta invalidez, probablemente debida a su época de estancia en la milicia. Se había librado de ser transformado en abono, pero no de trabajar en la raquítica producción de alimentos para los humanos.

—¿Qué comen los Amos? —preguntó Alice una vez que se produjo una pausa para beber.

—No lo sé —fue la respuesta lacónica de Sarkem.

La jornada fue tediosa para ellos. Llegó la tarde y con la caída del sol se dio por termi-nada la tarea, los campesinos recogieron sus aperos y empezaron a marcharse.

Los dos se escondieron detrás de unos matorrales y no salieron de ellos hasta que la noche fue total. No habían aparecido todavía los satélites, pero el resplandor proporcio-nado por el recinto era suficiente para mostrarles el camino. Quizá era excesiva la luz que surgía de la estructura, pensó Alice un tanto preocupada.

Alcanzaron la muralla y caminaron a lo largo de ella durante un rato. Se convencieron, cuando volvieron al punto de partida, de que no existía ninguna puerta.

—Es lógico —asintió Alice—. Los Amos se valen de esas pequeñas plataformas flotantes. ¿Para qué iban a necesitar una entrada en la muralla que aleja a los humanos?

Sarkem se mordió los labios e insinuó que en tal caso podían emprender el camino hacia el sur e intentar llegar hasta el punto de contacto con la nave.

Alice no se atrevió a hacer ningún comentario sobre su escaso entusiasmo. Evidentemente, el hombre sentía miedo o era más prudente que ella porque conocía a los Amos y tenía motivos para

temerlos.

—No es muy alta —dijo Alice señalando la muralla. Desenrolló una cuerda de fibra que tenía alrededor de su cintura, en cuyo extremo brilló un pequeño garfio magnético.

—Esto nos servirá.

Ella empezó a girar la cuerda cuando un ademán de Sarkem hizo que se detuviera.

—¿Qué ocurre?

—No sé. He creído escuchar pasos por los sembrados.

—¿Una patrulla?

—No. Sólo puede ser una persona.

Prestaron atención durante un momento y Alice terminó sonriendo.

—Debe tratarse de algún animal. Si fueran los soldados serían muchos y no andarían escondiéndose. Y no puede ser nadie de la aldea porque todos tienen miedo de acercar-se a la muralla.

Siguió tomando impulso con la cuerda y acabó lanzándola sobre la muralla. El garfio magnético quedó firme después de un chasquido y Alice fue la primera en subir. Llegó

arriba y se tendió sobre el ancho de la muralla, desde donde hizo una señal a Sarkem para que subiese. Cuando el hombre estuvo junto a ella, miró al interior del recinto.

Allí no había calles. Las edificaciones se amontonaban unas sobre las otras parecían estar unidas entre sí. A veces tenía que entornar los ojos porque el resplandor que despedían era demasiado fuerte. La intensidad de la fosforescencia cambiaba a cada instante. Descubrió muchas entradas en cada estructura, algunas a muchos metros del suelo.

La altura al otro lado era menor, apenas un par de metros. Anduvieron sobre una superficie pulida. Alice la tocó con la palma de la mano y la encontró fría, pese a que la noche era calurosa. La luz que lo llenaba

todo debía ser, por lo tanto, carente de calor.

—¿Y ahora? —preguntó Sarkem a su lado, con ansiedad.

Ella se había fijado en un edificio que se alzaba en el centro, alrededor del cual parecían estar todos inclinados. Visualmente fue trazando el camino para llegar hasta él, sal-tando de una casa a otra. Quería evitar en lo posible tener que entrar en alguna.

Aunque todavía no habían visto ningún Amo por los alrededores, era obvio que aquel lugar debía estar plagado de ellos. En sus conversaciones con Sarkem y el almirante no había podido sacar en limpio a qué número se elevaba la población nativa de Whutoo.

Al parecer la única comunidad de Amos era aquélla. No había más recintos en todo el planeta. Resultaba ridículo, pensó Alice mientras caminaba despacio a lo largo de acha-tados edificios. Un mundo enorme al servicio de unos pocos de miles seres, de extraña composición metabólica que se habían forjado un singular imperio para... ¿Para qué?

Jamás salían de Whutoo. Nunca conocieron por sus propios méritos los viajes por el espacio. Tuvo que llegar una antigua Unidad Exploradora del Orden para copiar los cruceros. Mejor dicho, que otros los reprodujeran. Cuando murieron los ingenieros no fueron capaces de construir más.

Era un imperio frágil, que en breve hubiera desaparecido. Pero no podían sentarse y esperar que esto ocurriese. Mientras tanto, cientos de miles de humanos esclavizados podían morir, y tal vez también desapareciesen cuando el último whutooe muriera.

Saltaron a la terraza del siguiente edificio. La torre principal estaba más cerca. Alice daba por descontado que allí debía tener su morada el ser llamado Supremo. ¿Cómo sería?

Llegaron a un punto desde donde no podían seguir adelante. La altura era demasiada para saltar a la siguiente terraza. La cuerda había quedado en la muralla y Alice se recriminó por no haberla cogido. Ahora se le antojaba una pérdida lamentable de tiempo regresar a buscarla.

Había una entrada cerca. La miraron con aprensión.

—Seguramente podríamos llegar a la torre por el interior —susurró Alice al oído de Sarkem. El silencio del recinto la intimidaba un poco,

debía reconocer.

Sarkem, sorprendiéndola, se adelantó y entró el primero. Alice se dijo que el hombre quería demostrarle que no tenía miedo a nada. Lo siguió a través de un túnel corto y enseguida se hallaron en una sala circular. La desnudez allí hubiera sido total de no ser por una fila de ovoides situados a lo largo de una pared que se alargaba en el fondo, donde el círculo se quebraba.

Casi caminando de puntillas, Alice se acercó al ovoide más cercano y miró a su interior. Allí había un Amo, enroscado como una serpiente gruesa y sonrosada. No podía sa-

ber dónde estaba su cabeza. Ni siquiera podía ver las mentes que flotaban dentro del cono superior.

—Parece que estamos en un dormitorio —dijo con voz queda.

—Sigamos —dijo Sarkem.

Salieron de allí y, después de atravesar otro corredor, llegaron a otra sala similar, aunque un poco más pequeña, en la cual había otra serie de ovoides, también ocupados por Amos en posición de descanso. Su sueño debía ser muy profundo porque ninguno despertó, ni cuando a Sarkem se le escurrió el arma de los dedos y cayó al suelo.

Alice quedó con los músculos tensos, amartillando su arma y esperando ver alzarse a todos los Amos y quedar rodeados por éstos en un segundo. Al comprobar que no sucedía nada, resopló aliviada y continuó inspeccionándolo todo.

Descubrió que de cada ovoide surgía un tubo que se escondía en la pared. Era como un cordón umbilical común a todos los recipientes.

Aquel edificio terminaba en una terraza. Al frente había otra entrada perteneciente a una estructura mayor y adosada a la torre principal. Alice dijo que ahora les sería muy fácil llegar hasta lo que suponía debía ser el cubil del Supremo.

—Creo que pronto podremos presentarnos ante el emperador de este ridículo imperio, Sarkem —dijo con entusiasmo.

—Yo diría que dentro de breves instantes podrán estar ante el Supremo para recibir el castigo que merecen.

Alice quedó sin aliento y se volvió muy despacio. Al hacerlo comprobó que Sarkem estaba muy pálido y su mano parecía soportar con dificultad la pistola.

La mujer vio salir de la entrada del edifico que acababan de abandonar a un hombre que vestía una parodia del uniforme del Orden Estelar. Llevaba unos signos de grado que no comprendía. Les apuntaba a los dos con una tosca pero eficaz arma, quizá un láser.

Sonreía triunfador mientras caminaba con pasos cortos hacia ellos.

A su lado, Sarkem jadeó y susurró entre dientes que rechinaban:

—Es Farlon. El coronel Farlon.

CAPITULO X

—Así es. Los Amos fueron magnánimos conmigo y reconocieron lo que el viejo almirante no fue capaz de reconocer en mi persona: la gran fidelidad que profeso al Supremo.

Farlon agitó su arma.

—Si hacéis un mínimo movimiento os achicharraré a ambos. Limitaos a dejar caer las pistolas.

Alice comprendió que no les quedaba otra alternativa que obedecerle. Soltó su arma y escuchó por el ruido que producía que Sarkem hacía lo mismo. Notó enseguida alivio en la cara de Farlon.

—¿Desde cuándo los humanos entran en el recinto? —preguntó Sarkem.

—Comprendo que estés sorprendido —rió Farlon—. Os diré cómo he averiguado que estabais aquí. Un campesino me contó que esta tarde había dos jóvenes trabajando con ellos que no parecían enfermos ni tenían heridas de guerra. Me extrañó y decidí darme una vuelta por aquí. Os vi caminar junto a la muralla y luego saltar arriba.

—Eso no explica que te hayas atrevido a seguirnos. Los Amos no distinguirán nuestra profanación de la tuya.

Farlon chasqueó la lengua.

—Ah, tu ausencia estos días te prohibe saber más. Mi trabajo con los prisioneros fue bueno y quedaron los Amos tan complacidos que me llevaron a la antesala del Supremo.

Aunque no le vi pude escuchar su voz sublime, oír sus felicitaciones. Ahora soy coronel y pronto ocuparé el puesto de Marlowe. Debía darte las gracias por haberlo raptado.

—Marlowe es ahora libre —intervino Alice—. Su frente está limpia del Signo y piensa como un hombre, no como un títere como tú.

Farlon pareció querer fulminarla con la mirada...

—Tú debes ser la mujer que se capturó a bordo de la nave mirgo. Esos perros humanoides me dijeron de dónde llegas tú y lo que te propones hacer con la ayuda de los tuyos.

—¿Qué hiciste con los prisioneros? —preguntó Sarkem.

—Oh, sólo vivieron lo justo para explicarnos todo. Ahora estamos preparados. Mejor dicho, lo estaremos cuando los humanos infieles procedentes de las estrellas aparezcan.

El Supremo me confió que él pensará un plan para aniquilarlos a todos si sus naves osan surcar nuestros cielos.

—Farlon, yo he visto sus naves y sé que las nuestras, viejas y mal armadas, poco tienen que hacer contra ellas. Eran buenas para humillar a pueblos rudimentarios, pero inú-tiles contra la alta tecnología del Orden Estelar. ¿También te contaron los mirgos que nuestros antepasados pertenecieron a esa organización y nacieron en la Tierra y en mundos que fueron colonizados hace miles de años por ese planeta?

—Sí, claro. Tenían bien aprendido un cuento muy interesante —rió Farlon nerviosamente—. Esta mañana estuvieron a punto los Amos de capturaros. Tuvisteis suerte es-capando. Ah, la muerte de esos Amos debe pesar sobre tu conciencia, Sarkem. La suerte que te espera será terrible. Y tú también, mujer, lamentarás haber nacido. Supongo que los Amos te entregarán a mi para que con mi habilidad te haga hablar.

—Mira, Farlon —con gesto grandilocuente, Sarkem se arrebató el falso Signo de su frente.

Y Farlon los sorprendió con una carcajada.

—Sé que son falsos. La mujer nunca podría tenerlo, y tú, Sarkem, no eres digno de llevarlo.

—¡Maldito! Yo considero una ignominia su peso.

—Vamos, caminad al interior de la torre. El Amo me está diciendo que quiere contem-plaros.

Alice tuvo que sujetar a Sarkem por un brazo para impedirle que se abalanzara sobre Farlon, quien al ver su gesto retrocedió un paso y adelantó el brazo con el arma.

—Te achicharraré si no me obedeces, Sarkem —advirtió—. Pero no te mataría, sino que te dejaría inválido de una pierna.

Como si se tratara de un montaje escénico para dar fuerza a sus palabras, decenas de Amos fueron apareciendo por las distintas entradas de los edificios. Algunos flotaban en sus pequeñas plataformas y otros, los más se arrastraban deslizándose sobre múltiples zarcillos surgidos de su base. Farlon señaló una boca situada a la derecha y libre de nati-vos de Whutoo.

—Entrad —dijo—. El Supremo me comunica que os permitirá ver su sagrada presencia. A mí también me concederá ese honor.

Las palabras de Farlon estaban saturadas de orgullo, rebosaban satisfacción.

Alice y Sarkem caminaron en medio de una doble fila de Amos. Farlon iba detrás, pisando fuertemente sobre el piso de metal. Cruzaron un corredor y siempre, a lo largo de él y por circulares troneras, aparecían más seres de aspecto gelatinoso.

Descendieron por una rampa y de pronto Alice empezó a captar un sordo rumor que parecía proceder de las profundidades de la ciudad.

—¿Dónde estamos? —preguntó la mujer.

Se había vuelto y miraba a Farlon, quien se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Sé que nos dirigimos a la antesala donde habita el Supremo. La primera vez me hicieron tomar otro camino.

De pronto irrumpieron en una estancia muy grande. El fondo no podía verse porque un mazo colosal de maquinarias se alzaba en el centro.

Alice se detuvo y enseguida retroce-A. Thorkent

dió, vivamente impresionada. Farlon creyó que era miedo lo que había dibujado en el rostro de la mujer y soltó una carcajada. Los Amos, docenas de ellos, se quedaron quie-tos.

—¿Qué te sucede? —preguntó Sarkem.

Ella agitó la cabeza y lo miró con ojos desorbitados.

—¿No lo sabes? ¿Ignoras qué es esto?

Sarkem negó en silencio, con gestos.

—Vamos, seguid —les espetó Farlon—. El Supremo se impacienta.

—Por los dioses —exclamó Alice—. Estamos ante el acelerador atómico más grande que he visto en mi vida... y también el más inestable. Si seguimos aquí más tiempo la radiación nos matará.

Ella caminó aprisa y cuando cruzó el umbral de la puerta situada al otro lado lanzó un suspiro, que repitió al comprobar que las paredes que dejaban atrás eran de plomo y medían varios metros de espesor. Ya no le sorprendió el hecho de encontrar varios tubos de conducción que parecían reunirse en aquel lugar.

—Ese reactor antediluviano debe consumir ingentes cantidades de mineral —musitó a Sarkem mientras proseguían la marcha ascendente por una nueva rampa—. Ha de devo-rar diariamente toneladas de cualquier cosa que posea un peso atómico elevado.

Al cabo de un instante, cuando ya estaban fuera de la rampa y se dirigían hacia una puerta cerrada, la mujer añadió:

—Debió estar trabajando a mínimo rendimiento durante siglos, desde que fue construi-do, y luego abandonado por una colonia humana hace cientos de años, tal vez miles.

Creo que es un producto anterior al Gran Imperio.

—Eso quiere decir, según tu teoría, que otros humanos convivieron con los Amos antes de que arribara aquí una Unex primitiva —dijo Sarkem.

—No exactamente —respondió Alice con los labios apretados—. Por

alguna causa, los constructores del reactor perecieron y...

—¿Los Amos se apropiaron de él?

—Espera. Los Amos vivieron durante mil años de mala manera, vegetando a expensas del reactor que para ellos es la vida. A veces comerciaban con otras razas que llegaban aquí y les vendían mineral para su voraz dios. Al apropiarse de los Hombres del Orden crearon una fuerza de mercenarios que esclavizó a los mundos cercanos y obligaron a sus habitantes a suministrarles todo cuanto necesitaban para poner al reactor en su má-xima potencia. Luego edificaron la ciudadela, con todo esplendor, alrededor de la vieja máquina. Ahora me explico el motivo por la que brilla tanto en la oscuridad —Alice se estremeció—. Confío que las radiaciones que hayamos absorbido podamos eliminarlas totalmente... si regresamos a la Galehta pronto.

Los Amos, usando los convertidores fonéticos, expresaron su impaciencia. Farlon empujó a los prisioneros, haciéndoles cruzar la puerta cuando las hojas de acero se abrieron.

Al otro lado estaba el Supremo.

—Míralo, Farlon —dijo Alice, divertida—. Estás ante tu dios. Míralo.

El suelo se elevaba en la estancia y formaba un montículo, en cuya cima estaba el Supremo, una forma esférica que palpitaba en su exterior brillante y fofo. Los tubos que descendían del techo, varias docenas, se hundían en ella.

—La radiación aquí es elevada —dijo Alice—. Apenas, sin embargo, sobrepasa las murallas, por suerte para los humanos del exterior. Farlon, tu Supremo no es sino una computadora biológica, y los Amos, sus vástagos, sus hijos. Sus extensiones y terminales

—apuntó con su índice el Signo de la frente de FarIon—. En cierto modo también esta placa de metal es una terminal que sondea tu mente cuando el Supremo lo quiere.

Farlon estaba tan aturdido que no respondió. Incluso bajó un poco la mano que amarti-llaba el arma. Alice, haciendo caso omiso a los Amos que llenaban el cuarto, avanzó unos pasos hacia el Supremo.

—Puedes hablar. Sé que puedes, máquina.

La respuesta del Supremo, gutural y profunda, tardó unos segundos en producirse:

—He estado escuchándote desde que el humano FarIon te capturó, mujer de las estrellas.

—Y sabes que no me he equivocado, o si lo he hecho, mis errores han sido mínimos.

—No considero peligroso para mi existencia admitir que has comprendido el origen de mi creación. Pero sigo siendo el amo de los Amos, mis descendientes. Mientras lo que tú

llamas reactor siga funcionando, seré fuerte y más numerosa mi descendencia cada año.

—Sabes que tu carrera solitaria ha llegado a su fin.

—Puedo deducirlo por tus palabras, pero no estoy conforme con tus esperanzas. ¿Por qué crees que con la llegada de esa gran nave mi imperio acabará?

—Porque nosotros podemos evitar tener que atacar Whutoo, la vieja colonia humana preimperial. Un bloqueo eficaz evitará que desde otros mundos llegue el mineral preciso para alimentar el viejo reactor. Aquí no tenéis ya nada que sirva para el horno voraz, que fue la causa por la que los humanos tuvieron que marcharse o acabaron pereciendo por hambre y frío en los largos inviernos que siguen a las estaciones de calor.

—Mis fuerzas saldrán al espacio y destruirán...

—No podrán destruir nada. Ni siquiera podrán combatirnos. Nosotros podemos neutra-lizar los viejos cruceros que se caen en pedazos. Tú eres un computador y debes razonar con lógica, analizar todos los datos que posees. No puedes mentir y, mucho menos, mentirte a ti mismo. Al sentirte solo, sin humanos alrededor, concebiste el plan loco de crear una raza para este mundo solitario. Así nacieron los Amos, un producto a caballo entre la biomecánica y tu mente repartida en cada ser que pretendías algún día ocupara el puesto de todo ser viviente.

—Tenía tiempo por delante para llevar a cabo mis proyectos.

—Es cierto. Debes corregirte y decir que lo habrías tenido de no haber llegado nosotros, reclamados por los mirgos. Ahora todo ha acabado para ti. Si eres lógico harás lo que debes y los humanos descendientes de la Unidad Exploradora que capturaste volverán a ser libres en el instante en que tú mueras. De sus frentes caerán los Signos, muertos al morir tú.

Detrás de Alice, Farlon soltó un grito, casi un aullido. Ella se volvió y casi le dio miedo el rostro contraído por la rabia del coronel. Parecía haber enloquecido de pronto, y lo comprendió. Había escuchado a su dios, al Supremo, dialogar con una infiel de igual a igual. Y para más humillación, Alice lo había amenazado, decretado su final. Y el Supremo parecía aceptarlo.

Los Amos, posados sobre sus zarcillos deslizantes o flotantes a poca altura en sus plataformas, fueron cayendo al suelo. Como globos pinchados se fueron desinflando uno detrás de otros. Luego comenzó el rápido proceso de descomposición.

Los tubos que bajaban del techo y se fundían con la masa esférica del Supremo, fueron perdiendo su brillo, tornándose opacos y sucios.

Farlon volvió a gritar y empuñó la pistola con las dos manos. Pese a su esfuerzo, le temblaba ostensiblemente. Sarkem saltó y se puso delante de la mujer, intentando prote-gerla con su cuerpo.

Alice quiso salir de detrás de Sarkem y éste la obligó a permanecer en el lugar que él quería. Entonces se produjo el disparo de Farlon y Sarkem dobló las rodillas y empezó a caer de bruces muy despacio.

La capitana miró con ira a Farlon, segura de que éste iba a disparar de nuevo y ella era el blanco. Entonces el Signo de Farlon se volvió oscuro y se desprendió de su frente. Re-botó en el suelo como un objeto pesado, quedando doblado y arrugado.

Para Farlon la pérdida del Signo fue un golpe que no pudo soportar, tiró la pistola y aulló, corriendo de un lado para otro de la estancia, pisando sobre los restos pestilentes de los Amos.

Al fin encontró la salida y corrió por el pasillo. Alice sabía que se dirigía hacia el reactor. Entonces las puertas se cerraron y ella, temiendo que la máquina llamada Supremo quisiera tenderle una

trampa, impedirle salir de lo que podía ser su cárcel definitiva, la increpó:

—¿Qué pretendes ahora, máquina deteriorada?

—He terminado mis análisis, mujer de las estrellas. No puedo enfrentarme a mi destino final y admito mi derrota. Ya ves que he abandonado a mis hijos. Los Amos han dejado de depender de mí y están todos muertos, los signos ya no me sirven para controlar a los humanos. Es el fin.

—¿Y quieres llegar a él como un faraón, llevándome contigo?

—¿Faraón? Ah, sí, un emperador prehistórico de la Tierra. No, el recinto no será la pirámide que se cerrará a mí alrededor y tú dentro de ella. Por el contrario...

Crujieron todas las paredes, los techos y también el suelo. Fue desapareciendo la torre, haciéndose transparente. Alice vio las demás estructuras que también se difumina-ban. Sólo seguía rugiendo en su profundidad el reactor, emitiendo radiaciones.

Ni siquiera pudo arrastrar el cuerpo de Sarkem. El camino hacia más allá de las murallas que se encogían era difícil, un sendero abrupto y rocoso, sin apenas rastro de suelo de metal.

Muchos días más tarde se recuperaría el cadáver de Sarkem gracias a la intervención de un equipo de rescate del Galehta que tardó bastantes horas en hallarlo. De Farlon, dentro de la cúpula que encerraba el reactor que moría, sólo se encontró un montón de huesos fosforescentes.

* * *

Alice entró en la cabina del comandante Gravina y se quedó ante su superior en posición de firmes.

—Descanse, capitana —dijo el hombre.

—Me avisaron que quería verme, señor.

—Así es. Voy a decirle, antes que sea oficial, que dentro de unas horas aparecerán varias unidades sanitarias que se ocuparán de rehabilitar a los hombres y mujeres de Whutoo. Nosotros podemos partir inmediatamente.

Alice entornó los ojos. ¿Sólo para eso había querido el comandante verla? Esperó y él siguió diciendo:

—Los que se ocupen de esta población tienen delante un trabajo muy arduo. Los si-quiatras deberán cuidar de la salud mental de tanta gente que se pregunta, entre asusta-da y alegre, qué será de su vida ahora. Cooper...

—Diga, señor.

—Se quedará un grupo armado. Pensé que tal vez usted quisiera ser el oficial al mando...

—No, señor —respondió Alice rápidamente.

Su negativa sorprendió al comandante, pero no insistió y dijo que podía retirarse.

—Buscaré otro oficial. Sin embargo, había pensado que usted, bueno, debido a su directa intervención... Es igual. Ya hablaremos en otro momento.

Alice salió de la cabina, con los dientes muy apretados y el ceño fruncido.

La Unex describía su órbita alrededor de Whutoo. En el observatorio más cercano echó una mirada al planeta, a sus nubes.

No quería volver a poner allí los pies, sino alejarse lo antes posible y olvidarse de él.

Pero sabía que le sería difícil olvidar a Sarkem. Y se arrepintió de no haberle amado al menos una vez.

Se sentía un poco egoísta. Sarkem se lo pidió, aunque torpemente, y ella lo postergó.

Se frotó las manos y aspiró el aire limpio de la sala. Echó a caminar con pasos rápidos por el pasillo. ¿Dónde sería la próxima parada de la Unex? Aquélla había sido una misión extraña, un encuentro con el pasado lejano que no conoció, el contacto con unos hombres engañados que vivían en una realidad insólita. Su experiencia con Sarkem le había dejado una huella que difícilmente se borraría.

FIN

A. Thorkent

43 Los mercenarios de Whutoo